Isabel

ó

los días de experiencia.

5

ISABEL

Ó

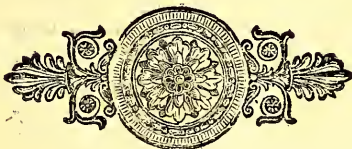
DOS DIAS DE ESPERIENCIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

DON GERONIMO DE LA ESCOSURA.



MADRID:
IMPRENTA DE D. I. BOIX.

1839.

PERSONAS.

LEONCIO DE COURTENAY.
ASBERTO, *conde de Montigui.*
EL MARQUES DE TRENEWIL.
EL DOCTOR DAMBLEVILLE, *médico.*
ISABEL DE MONVILLE.
CARLOTA, MARQUESA DE TRENEWIL.
LA SEÑORA DE COURTENAY, *madre de Leoncio.*
LA SEÑORA MONISTROL, *aya de Isabel.*
UN CRIADO—UN CAZADOR.

La escena es en Paris en 1838.

Las personas se han de colocar en la escena en el mismo órden, en que se estampan sus nombres al frente de ella: la primera ocupa la otra del actor.

ACTO PRIMERO.

Sala bastante capaz, pero sencilla, en casa de la señora de Courtenay calle de san Luis en el Marais. Puertas en el fondo y á los lados. Chimenea encendida entre los dos primeros bastidores, á la izquierda del actor. Una mesa á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

La señora de Courtenay, á la derecha del actor; está bordando.—La señora Monistrol, de pie, inmediato á ella, le prepara y le vá dando los estambres—Isabel está sentada al otro lado del teatro, inmediato á una mesa, en que habrá todo lo necesario para dibujar, pero no dibuja; su semblante manifiesta impaciencia y enfado.— Leoncio, está de pie cerca de la lumbre; se apoya sobre la chimenea pensativo; cáesele de la mano un folleto, que tenia en ella. Cerca de la señora de Courtenay hay una silla un poco mas baja, desocupada.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) El señor doctor Dambleville.

ISAB. (*Con alegria.*) Gracias á Dios que ya viene alguien.

COURT. Buenos dias, señor doctor.

DAM. (*Saluda á todo el mundo.*) Suplico á vds. que

nadie se mueva, y si es preciso, lo mando.

ISAB. (*Sonriéndose y levantándose con lijereza saca un sillon.*) Señor doctor, mucho mas gustosos son los ruegos de un amigo, que los preceptos de un médico.

DAM. Ah! señoras con permiso de vds. (*Se sienta.*) Qué bien se está aqui! cuando llego al Marais, á esta apacible calle de san Luis, y entro en esta casa tan arreglada, tan quieta y tranquila, siento un placer, que no sé esplicar, y me contemplo dichoso al verme enmedio de una familia tan completamente libre y exenta de las penas y cuidados de la vida.

COUT. (*Aparte suspirando.*) Ah!

DAM. (*Señalando á la señora de Courtenay.*) Qué gozo ver, admirar á una madre, que no ha vivido si no para su hijo! (*Señala á Leoncio.*) Un hijo tan racional, tan cuerdo! demasiado acaso!

COURT. (*Con tristeza mirando á Leoncio.*) Mi pobre hijo!

DAMB. (*Mirando á Isabel.*) Tened, solo con ver á la señorita Monville se llena uno de gozo. Esta joven encantadora, que ha encontrado en vuestro seno la familia que ha perdido, y que alegra y regozija todo cuanto la rodea.

ISAB. (*Aparte.*) Como si se pudiese dar lo que no se tiene!

DAMB. (*Señalando á la señora Monistrol.*) Despues esta apreciable directora, la señora Monistrol, á quien el tierno cariño, que profesa á la preciosa criatura, que ha educado...

S. MONIST. Ha hecho dejar á Paris; porque se puede decir, que aqui en el Marais, se vive como en un lugar; y es muy duro cuando no median mas que algunas calles entre esto y la capital. Pero yo no puedo separarme de mi querida Isabel, y por ella es por quien yo echo de menos el mundo, de que tan retirada se encuentra.

DAMB. Ah! En ese Paris, que tan de menos echais, cuantos intereses no hay que se chocan entre si,

cuantas pasiones que se agitan, acontecimientos que dan en tierra con toda la existencia en algunas horas! mientras que aqui todo respira órden y tranquilidad...

ISAB. (*Con viveza y jovialidad.*) Y si una se fastidia por la víspera, tiene la ventaja de estar segura de que no se divertirá al dia siguiente.

COURT. Ah! Isabel!

ISAB. (*Se levanta, vá hácia ella, se sienta en la sillita y dice con un tono cariñoso.*) Perdonad, señora, no me tengais por ingrata! Yo os amo como si fuerais mi madre.

COURT. (*La abraza por la cabeza, y mira á Leoncio, que hace un movimiento.*) Hija mia, os quieren tanto aqui!

DAMB. (*Que vió el movimiento de Leoncio, y se levantó.*) Vos estais atacado de los nervios señor Leoncio: en el mes que contais aqui desde vuestra vuelta de Italia, vuestra palidez, ese semblante de un hombre que sufre interiormente, nos alarma. No he curado yo á vuestra madre durante vuestra ausencia? Y esa preciosa señorita de Monville dà acaso la menor muestra de haber estado enferma, siquiera? Apenas habiais llegado cuando quisisteis tomar mi pleito á vuestro cargo: mas si no estais bueno, mal podreis abogar, y mi causa se perderá irremisiblemente.

LEONC. (*Con viveza.*) Se ganará, y la ganaré sin duda.

DAMB. Vos os habeis metido á abogado y en verdad no sé por qué.

LEONC. (*Con sencillez.*) Por ser de alguna utilidad.

DAMB. Es cierto que el don de la palabra es en el dia el medio mas seguro de llegar á ser hombre de provecho.

LEON. (*Tristemente.*) Yo no quiero llegar á nada.

DAMB. Esto es: triste, desanimado... Vos estais malo, y la salud es todo! la fuerza, el talento, el genio! y mis temores...

LEONC. (*Con viveza.*) Cuando yo defiendo vuestros intereses, podeis estar tranquilo; porque vos habeis

salvado con vuestros cuidados todo cuanto mas amo en este mundo! y estad seguro, mi buen amigo, que el talento sale del corazon.

ISAB. (*Que se quedó al lado de la señora de Courtenay arreglándole los estambres, le dice en tono cariñoso.*) Oh! Perdonadme, señora!

COURT. (*Con ternura.*) Querida Isabel!

ISAB. (*Levantándose como tambien la señora de Courtenay.*) Sí: he andado desacertada, y ni yo misma puedo comprender las ideas que me agitan! Antes no me sucedia eso! Cuando á la edad de catorce años fuí confiada á vuestra amistad por la última voluntad de mi madre, solo su presencia era la única cosa que me faltaba. Tan gustosa y tranquilamente pasaba la vida á vuestro lado, que durante tres años, ni aun cabia en mi imaginacion que pudiese haber gusto ni placer alguno fuera de este apacible recinto. Cuando Leoncio volvió de sus primeros viajes, tenia yo diez y siete años (*A Leoncio.*) Y vos os acordais bien? no es verdad? Vivia como el pajarido que vuela por el aire, como la flor que rompe el capullo, sin ansias, sin deseos, creyendo que el encanto de aquellos apacibles dias no podia desaparecer jamas.

MONSIT. A los quince años con todo se contenta una; pero mas adelante es preciso que las jóvenes salgan al mundo para poder elegir un marido.

ISAB, (*Riéndose.*) Oh! mi buena Monistrol no piensa mas que en el casamiento! Lo considera como la invencion mas preciosa del entendimiento humano.

MONIST. Y todavia estoy soltera!

DAMB. (*Riéndose.*) Pero parece que quereis preservar á los demas de semejante desgracia?

MONIST. Vos, por ejemplo, es muy estraño que no hayais pensado nunca en casaros.

DAMB. Yo? Al contrario, lo he pensado y muchísimo. (*Riendo.*)

MONIST. Ah! De veras?

DAMB. Puesto que estoy soltero..

MONIST. A vuestra edad! porque ahora tendreis...

DAMB. (*Interrumpiéndola.*) Tengo... yo tengo... á fé... yo no sé nada! Y acaso pienso yo en la edad que tengo? Y para qué? Yo cuento mi dinero, cuento mis enfermos; los puedo perder ó me los pueden quitar! Pero contar mis años á qué efecto? seguro estoy de que se le antoje á nadie quitármelos.

MONIST. Ello es que siempre el matrimonio...

ISAB. (*Riéndose.*) A fuerza de hablarme de él y de atormentarme, me hicisteis consentir entonces en casarme con cierto marques, que era la última persona de este mundo, en que podria haber pensado.

MONIST. Un hombre, que podia haber llegado á ser ministro! Ah! No me consolaré jamas.

ISAB. Pues yo, cuando ese matrimonio se descompuso, bien pronto me consolé. Pero a contar desde aquel bello proyecto, todo ha cambiado. El señor Leoncio habia salido á viajar segunda vez, y bruscamente por cierto, sin decir adios á nadie: yo no podia (*A la señora de Courtenay.*) Distraeros en su ausencia, porque toda mi alegria infantil habia desaparecido! Un deseo, tal vez insensato, pero que me atormentaba incesantemente, me arrastraba hacia el mundo y sus placeres, de los cuales sin embargo apenas tenia una confusa idea: me acordaba de mi madre, hermosa, brillante, rodeada de diversiones, fiestas y obsequios, y entonces me apercibia de la soledad en que pasabamos nuestros dias, y del vacío, que hallaba en ellos. Mi corazon latía con mas frecuencia, y mi imaginacion lanzándose en pos de no sé que felicidad misteriosa y que carece de nombre, no hacia mas que soñar y esperar; porque nada llenaba mis horas ociosas. Cuando queria pintar ó tocar, el pincel se me caia de la mano, mis dedos se quedaban inmóviles sobre el arpa, y mi alma se escapaba, á pesar mio, de esta apacible mansion.

LEONC. (*Aparte haciendo un movimiento con alegria.*) Tanta tristeza en mi ausencia!...

ISAB. La vida regular y uniforme que haciamos, las se-

manas, los meses que pasamos sin la menor variacion, sin acontecimiento alguno, sin interés, me abrumaban, me destruian! Me eran insoportables! Entonces fué cuando el señor doctor declaró que estaba enferma de peligro. En efecto, las fuerzas y la vida me habian abandonado.

MONIST. En una palabra, os ibais á morir de puro fastidio.

COURT. Oh mi Dios! Pero no es esa vida retirada, la que hacen siempre las señoritas bien educadas? Acaso han de salir al mundo antes de casarse?

MONIST. Y si no ven á nadie? como han de poder escoger marido?

DAMB. Pero la señorita Isabel estuvo de baile el jueves último.

ISAB. En uno de aquellos paseos que me habiais mandado dar por mi salud, señor doctor, encontré á Carlota, una de las amigas de mi niñez, que me lleva algunos años, casada hace algun tiempo con el marques de Trenewil. Vino á visitarme; y aunque con dificultad, obtuve el permiso de ir de cuando en cuando á su casa, y de asistir alguna que otra vez á sus bailes.

COURT. La señora de Ternewil se ha internado en el mundo algo mas de lo regular.

DAMB. Es una muger que está hoy en moda, muy rica, su casa respira brillantez, y una elegancia estremada, yo no falto á ninguna de las diversiones que hay en ella. Esto á un Médico le sienta perfectamente.

COURT. Sí; pero á una jóven?

ISAB. (*En tono cariñoso.*) Oh! no os arrepintais de haber accedido á mis ruegos. Erais demasiado severa (*La abraza.*) Veis? yo soy mas feliz, ahora y os amo aun mas.

MONIST. Es preciso confesar que es hechicera!

ISAB. Qué cosa tan linda es un baile! El primer dia me quedé deslumbrada! Aquellos trages, aquellas flores, aquella música, aquella confusion, todo se quedó gravado en mi imaginacion por mucho tiempo

despues. De noche, de dia, que quisiese leer, trabajar ó escuchar, mi pensamiento no estaba conmigo, sino en el baile y siempre en el baile!

COURT. (*Aparte.*) Ah!

(*Leoncio cae en cierto estado de tristeza.*)

MONIST. Pero tambien; qué baile! Yo acompañé á la señorita Momville. Qué funcion aquella, qué!...

DAMB. (*Riendo.*) Que resfriado cogisteis!

MONIST. El calor apagaba las luces; abrieron una ventana á mi espalda, y cierto, me entrò un dolor de cabeza y de muelas insufrible: los que valsaban me magullaron los pies, y nadie me dirigió la palabra. En todas las funciones hay personas, á quienes sucede otro tanto! pero es un gran honor y un gran placer concurrir á ellas.

DAMB. Ciertamente.

ISAB. Lo que me encantaban eran todos aquellos hombres célebres, aquellos oradores, aquellos poetas, aquellos artistas! Oh! cuando yo oia pronunciar un hombre ilustre á pesar de mi timidez y cobardia, me apresuraba, y me metia entre la confusion de las gentes para ver al sujeto que llevaba el tal nombre, media sus palabras, quería adivinar por su frente, por sus ojos, la fuerza de su entendimiento, la causa de su celebridad y nombradía!

LEONC. (*Con exaltacion y cogiendo las manos á Dambleville.*) Ah! lo veis amigo mio? Veis si tengo razon? Para obtener fama y adquirir gloria, no es mucho consumir sus dias en un trabajo honroso, y renunciar al mundo, á los placeres á la fortuna.

DAMB. Y quereis tener la bondad de decirme, donde habeis visto vos que se renuncie á todo eso? Esa gloria, peculiar vuestra, es un tesoro de avaro, que no aprovecha mas que á los herederos. En tiempo de industria como el presente, se descuenta la inmortalidad, y cuando se mete un poco de ruido y se allega un mucho de dinero, se puede decir que se ha hecho un buen negocio.

ISAB. Pero entre tantas personas sabeis, señor Leoncio, qué nombre fué el que me hizo mas pronta impresion? El de aquel joven que os salvó la vida en las orillas del Tiber.

LEONC. (*Con alegria.*) Alberto de Montigni?

ISAB. Sí! Repetidnos, pues, los pormenores de aquel suceso... Me han hecho tal eco!...

LEONC. (*Acercândose á ella y en tono algo tierno.*) Qué! os interesa eso?

ISAB. (*Afectuosa.*) Y lo podeis dudar? Pero por qué nos habiais dejado?...

LEONC. (*Con alegria.*) El doctor habia dicho que el único modo de poderse uno librar de su propio pensamiento era el de viajar, y correr, y asi partí para la Italia. Pues bien: de todos los objetos que habian pasado por delante de mis ojos, no habia visto ninguno, cuando llegué á Roma con una fiebre ardiente, que añadia toda su fuerza á la de los pensamientos, de que yo queria huir. Un dia que me ensayé á probar si por medio de la fatiga y el cansancio lo podria conseguir, mi caballo se desbocó; conocí, aunque confusamente, que nos saliamos del camino, y que atravesando por peñascos y zanjas seguiamos una pendiente rápida, espantosa; pero la fiebre y la fatiga, que no me habian privado aun del conocimiento del peligro, me quitaban el deseo y el poder de evitarle, y cuando mi caballo se precipitó en el Tiver, yo no sé lo que pasó: habia perdido el conocimiento.

ISAB. (*Afectuosa.*) Oh! mi Dios!... Hubierais muerto!...

DAMB. Yo lo creo, no se necesitaba tanto.

LEONC. Vuelto en mí, supe que un joven, viendo al retirarse de un dia de campo, el peligro que me amenazaba, se habia arrojado al rio para sacarme de las garras de una muerte segura. Supe igualmente, que este joven era Francés, y que debia dejar á Roma dentro de pocos dias.

ISAB. Y le habiais recomendado á vuestros amigos?

LEONC. Ya considerareis, que yo no podia dejar de ofre-

cer mis servicios, á quien, con el que acababa de dispensarme, me imponia una gratitud eterna. Dile, pues, cartas de recomendacion, y he visto con el mayor placer á mi regreso, que por su jovialidad y amabilidad de caracter habia merecido favorable acogida en lo mas selecto y brillante de la sociedad.

ISAB. Cuando yo le ví, me pareció que me encontraba con un amigo antiguo.

COURT. Y yo; con qué gozo no recibí al que habia salvado á mi hijo?

ISAB. (*A Leoncio.*) Qué larga ha sido vuestra ausencia!

LEONC. Y por cuán dichoso no me tuve yo de encontraros aun al lado de mi querida madre!

(*Dambleville se ha acercado á la señora de Courtenay, que examina atentamente á Isabel y á Leoncio, y la habla bajo.*)

ISAB. (*A Leoncio.*) Sin embargo, estais triste?...

LEONC. Apenas os puedo ver un instante; las gentes os ocupan de tal manera, que no he podido hablaros desde mi vuelta.

ISAB. Ah! Lo siento tanto como vos!

(*Leoncio hace un movimiento que denota alegria.*)

DAMB. (*A la señora de Courtenay.*) Un accidente, y una enfermedad tan graves, han debido tener sus consecuencias.

LEONC. (*Riéndose.*) Consecuencias!... Oh! y pueden ser muy felices y dichosas.

(*Un criado abre la puerta del fondo: la señora Monistrol va hácia él y le habla bajo.*)

ISAB. (*A Leoncio.*) Yo deseaba volveros á ver.

LEONC. (*Gozoso y tierno.*) Isabel!...

ISAB. (*Con timidez.*) Señor Leoncio!...

MONIST. (*Volviendo á la escena.*) La señora marquesa de Trenewil esta ahi... en el cuarto de la señorita Isabel, á quien quisiera ver por algunos instantes solamente, sin incomodar á la señora de Courtenay.

ISAB. Voy allá.

LEONC. (*Tristemente.*) Alejaros otra vez?...

SAB. (*A media voz.*) Vuelvo al momento... y si estuvieseis solo aqui...

LEONC. (*Alegre.*) Lo estaré.

ISAB. (*A media voz.*) Sabreis entonces lo que mi pecho encierra. (*Vase con la señora Monistrol por la puerta de la derecha del actor.*)

ESCENA II.

LA SEÑORA DE COURTENAY, DAMBLEVILLE, LEONCIO.

LEONC. (*Aparte, enagenado.*) Cielos! Será posible?... su turbacion, sí... sus palabras... Ah! cuán dichoso soy!

DAMB. (*A la señora de Courtenay.*) Tiempo, cuidado, un buen régimen; y el señor Leoncio...

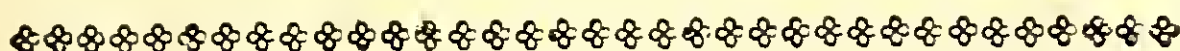
LEONC. (*Muy contento.*) Hé, señor doctor, yo estoy tan bueno como vos. Desafio á todo el protomedicato, y todos los remedios de la medicina; y no creo mas en su poder sobre el cuerpo, que sobre el alma.

DAMB. (*Riéndose.*) Insurreccion!... y si os probase que estabais malo?

LEONC. Oh! sino se os fuese á la mano, doctor, todo seria enfermedad para vos... El contento, el disgusto, las buenas prendas, los defectos!... quién sabe? Hasta de la conciencia seriais capaz de hacer una enfermedad.

DAMB. Oh! En estos tiempos la conciencia á pocos atormenta... no impide ni entorpece cosa mayor, y jamas ha muerto ha nadie.

LEON. (*Riendo.*) Callad, señor doctor... todo eso es muy mal dicho; asi me voy por no oiros, y dejo á mi madre el cuidado de regañaros. (*Aparte y saliendo par el fondo.*) Procuraremos alejarlos de aqui.



ESCENA III.

LA SEÑORA DE CORTENAY, DAMBLEVILLE.

DAMB. Ahi teneis; contento ahora, y dos minutos antes con una cara de renegado!... Esto no es natural... Yo os aseguro que está enfermo... O está loco, que tambien es una enfermedad.

COURT. No es eso, señor doctor; lo que está es enamorado, y enamorado de Isabel.

DAMB. Pues bien: para esa enfermedad está el remedio en la mano: casarlos. Una boda!... Brava funcion para la señora Monistrol!

COURT. (*Sonriéndose.*) Pica tan alto con respecto á Isabel, que no seria estraño que este casamiento...

DAMB. Oh! Si el señor de Monville y su esposa no se hubiesen arruinado, sí!... Pero será todo lo del mundo si de los restos de su gran fortuna le quedan á su hija siete ú ocho mil libras de renta, y el señor Leoncio tiene otro tanto por su padre... Entrambos son jóvenes, se aman... con que repito, que casarlos.

CORT. Ese es mi mayor deseo; pero este hijo, blanco de todos mis pensamientos, cuántos disgustos no ha costado ya á su madre!... De niño, por su salud delicada, me vi en la precision de apartarle de los estudios y entretenimientos de su edad; solo en el campo, pasaba los dias en sueños y cavilaciones; esta vida contemplativa le alejó de todas aquellas cosas que constituyen la vida real y efectiva. Todos creian que era insensible y falto de entendimiento... solo yo le habia sorprendido alguna vez, y notado en él ciertas miradas de fuego, algunas palabras bien sentidas, y varios prontos llenos de generosidad, que revelaban una alma dotada de grande energia, que no podia ó no queria comunicarse con las otras. Despues he adivinado tambien

el amor que con tanto cuidado procura ocultar, y que ni aun à mí me lo ha confesado... Todas mis tentativas para arrancarle este secreto, se han estrellado contra su reserva y frialdad, y ahora acaba de dejarnos por primera vez leer en el interior de su alma.

DAMB. Yo no acabo de comprenderle, lo confieso.

COURT. Pero acabais de comprender que es dichoso... su alegria le ha hecho franquearse... porque ha visto en los ojos de Isabel estampada la felicidad de su vida; es amado.. no lo habeis visto?

DAMB. Parece que el amor, ciego y todo como es, tiene mejores ojos que yo, porque nada he visto de todo eso.

COURT. Escuchad: los jóvenes suelen decir frecuentemente á un amigo lo que no se atreven á confesar á su propia madre; Leoncio os ama: se abrirá con vos: es preciso que le veais.

DAMB. Lo haré sin duda; y si quereis, puedo al instante...

COURT. Es preciso que este matrimonio se haga pronto, por él... y por mí tambien... que sufro demasiado en ver su tristeza.

DAMB. Sí, yo le haré desembuchar... eso me toca á mí que soy su médico: debo ser el confidente de las penas, como lo soy de los males; para estos me valgo de la esperiencia, y de la amistad para las primeras.

COURT. Es preciso interrogarle; (*Va á salir y vuelve.*) pero decidle tambien, que debia haber hecho confianza de su madre. Acaso, le pide ella otra cosa mas que el que sea feliz?.. Os le voy á enviar. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA IV.

DAMBLEVILLE, *solo.*

Esta señora de Courtenay es una persona apreciabilísima!... Por ejemplo, ella se inquieta constantemente; su hijo se atormenta sin cesar; la señorita se fastidia á todas horas, y su aya se queja desde la mañana hasta la noche. Fuera de esto es la familia mas feliz, y el interior de la casa el mas apacible de cuantos conozco en Paris.

ESCENA V.

LEONCIO, DAMBLEVILLE.

LEONC. (*Corriendo muy alegre.*) Doctor, aqui me teneis.
DAMB. Bien, señor Leoncio, llegaos.
LEONC. Me quereis hablar?
DAMB. Sin duda.
LEONC. Apostaria á que es de vuestro pleito.
DAMB. Ah! mi maldito pleito... en buenas manos está!
LEONC. Cómo!
DAMB. Un joven...
LEONC. Que es vuestro amigo, doctor.
DAMB. Que no tenia ya mucho juicio, y que ahora...
LEONC. La felicidad me infundirá talento.
DAMB. Luego sois feliz?
LEONC. Espero serlo.
DAMB. Qué! realmente, estais enamorado? Vos?
LEONC. (*Admîrado.*) Pero...
DAMB. Vos amais á la señorita de Monville?
LEONC. Quién os lo ha dicho?
DAMB. Sois correspondido?

LEONC. Lo creeis asi?

DAMB. Es una cosa bastante natural... pero desde cuando os ha entrado ese amor?

LEONC. Desde el primer dia que la vi.

DAMB. (*Admirado.*) Cómo! si hace seis años que está en vuestra familia?

LEONC. Pues seis años hace que la quiero.

DAMB. (*Admirado.*) Pero os partisteis el mismo dia que vino á esta casa!

LEONC. Sí... yo vivia en el campo desde mi infancia, enfermo y solo, sin que llamase nada mi atencion. Ya habia cumplido tambien los diez y ocho años, y ni me habia entrado estudio alguno en la cabeza, ni me habia podido distraer de mis sueños y cavilaciones ningun género de entretenimiento; no sentia en mi interior ni fuerza ni alegria, ni voluntad; yo no vivia, esperaba la vida... Aparecio Isabel, y ya no tuve nada que esperar.

DAMB. (*Cuya sorpresa se redobla.*) Mi señora vuestra madre, la recibió á los catorce años.

LEONC. Inmovil en presencia de esta graciosa y hechicera criatura, no podia apartar los ojos de ella, siempre contemplándola. Isabel educada en el mundo, estaba acostumbrada al primor y á la elegancia, á las gracias, á los talentos, como al aire que respiraba; manifestó sinceramente el espanto que la causaba el rùstico examen que yo hacia de ella, y se sonrió malignamente de mi supina ignorancia en todo. Al dia siguiente, doctor, sin prevenir á mi madre, ni iniciarla siquiera en mis proyectos, ya la habia dejado, ya me habia separado de Isabel, ya estaba yo en Paris.

DAMB. Solo?

LEONC. Mi debilidad se convirtió en fuerza y espíritu: un nuevo aliento me animaba; tenia una mira, y estaba decidido. Tres años de estudios serios y de viages largos y penosos, desarrollaron mi cuerpo y mis facultades intelectuales... Conocí que mi alma se iba elevando con la multitud de ideas y pensamientos que se agolpaban sobre ella, y cuando di

la vuelta, amigo mio, yo era un hombre, é Isabel tenia diez y siete años.

DAMB. Os ví juntos entonces, y no me pasó por la imaginacion, lo confieso, que pudierais estar enamorado. Entregado á estudios profundos, serio, y de temperamento frio como lo sois, no habia nada en vos que pudiese revelar la juventud ni el amor.

LEONC. (*Con viveza.*) La señorita Monville, á quien yo amo, la muger que he elegido, debe ser la noble y digna compañera de por vida de un hombre honrado, y no el capricho pasagero de un joven aturdido. Mi madre guardaba á Isabel con el mayor cuidado, no permitia que nadie se la acercase; y yo habia adivinado que su proyecto era unirnos... pero aprovecharse de la soledad, de la dependencia, de la ignorancia del amor, en que se hallaba el objeto de mi cariño, para obtenerla!... No: esta idea hubiera despedazado mi corazon!... yo queria que ella conociese el mundo, que se viese rodeada de gentes, festejada, y que su corazon y su juicio determinasen su eleccion.

DAMB. Y en este tiempo poco faltó para que la señora Monistrol la hiciese casar con el marqués de Treneuil, y menos para que vos murieseis en Italia, adonde os habia conducido la desesperacion que el proyecto de este casamiento os causaba. Oh! la generosidad es bella cosa, pero no siempre obtiene por recompensa la ventura.

LEONC. (*Sonriendo.*) Entonces la ventura es la que tiene la culpa.

DAMB. Os aconsejo que le deis la razon, casándoos con la señorita Monville... pero hablad á mi señora vuestra madre, que padece mucho de veros triste, y desea este casamiento tanto como vos.

LEONC. Pues no es ese mi único objeto, mi esperanza, mi vida? todo cuanto en este mundo me interesa?

DAMB. Todo?

LEONC. Ah, si... y vuestro pleito! no le olvidaré, no...: Un bribon, porque el señor Gribelet lo es, y de

marca mayor, ha comprometido en un mal negocio el fruto de vuestros trabajos y de vuestros talentos: yo le quitaré la máscara, yo haré que se os administre justicia... mi tiempo, mi trabajo, mi dinero, nada perdonaré para conseguirlo, y lo conseguiremos, no hay que dudarlo.

DAMB. Con ese calor, oh! hareis un escelente abogado; y si quisieseis, algun dia podrian ser útiles á la patria vuestros talentos.

LEONC. (*Riéndose.*) La patria! A fé mia que tiene tantos procuradores, que se mezclen en sus negocios, que si no está bien servida, será por falta de voluntad de su parte. (*Con seriedad.*) Y en medio de eso, antes de tener una grande ambicion, no sería necesario tener grandes ideas? (*Un poco exaltado.*) Sí; yo amo la gloria, mas solamente aquella que pueda obtener por acciones útiles á mis semejantes; y si algun dia pudiese algo....

DAMB. Vos? que! con el desprecio que haceis del dinero, y la indiferencia con que mirais las grandezas! Se puede acaso prosperar no haciendo jamas nada de lo que todo el mundo hace? Consultad, pues, al uso.

LEONC. Yo no quiero consultar mas que á mi corazon.

DAMB. Esa es una locura.

LEONC. Tanto peor para la razon.

DAMB. Yo confieso que mi amistad se inquieta de ver vuestra propension á entusiasmaros, y de la singularidad de algunas de vuestras ideas. A qué salirse del camino trillado de la vida ordinaria? Todo está aqui trazado en el dia, todo está formulado; y ademas es cómodo y facil. El bien parecer indica las virtudes necesarias, el código civil encierra en si la probidad, y el amor á la patria consiste en montar la guardia y pagar las contribuciones.

LEONC. (*En tono de reconvencion.*) Oh! Reñidme, reñid! Que hoy no me podreis incomodar, que está mi corazon muy alegre y contento. (*Aparte con inquietud.*) Vá á venir; si pudiese echarle de aqui!

(*Alto.*) Os aconsejo, señor doctor, que os aquieteis con respecto á mí, y que os vayais tranquilamente á vuestros negocios. Adios, amigo mio.

DAMB. (*Admirado.*) Como adios?

LEONC. (*Un poco embarazado.*) Sí, es preciso que yo vea inmediatamente al tal señor Gribelet, para asegurarme de que no estoy equivocado, y trabajar para que se os entreguen vuestros doscientos mil francos.

DAMB. Quiéralo Dios! porque si no me quedo arruinado.

LEONC. (*Sonriéndose con aire de incredulidad.*) Oh! arruinado!

DAMB. Pues bien! no; convengo: pero al cabo doscientos mil francos bien merecen la pena de pensar sériamente en ellos.

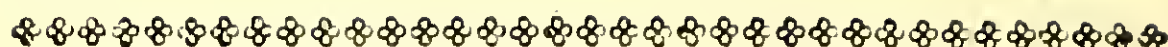
LEONC. Y estad seguro, amigo, de que nada perdereis con mi felicidad: lejos de eso quisiera yo hacer algo por la amistad, por la justicia. La esperanza de ser amado! Esto redobla las fuerzas y el ánimo.

DAMB. Joven apreciable!

LEOEC. Pero, adios, hasta la vista.

DAMB. (*Aparte, percibiendo á Isabel.*) Ah! ahora comprendo, la estaba esperando. (*Alto.*) La señorita Monville viene hácia aqui, y si mi pleito no se puede ajustar sin vos, creo que vuestro casamiento se ajustará muy bien sin mí. Adios, pues, hasta la tarde.

LEONC. (*A media voz, llevando á Dambleville á la puerta del fondo.*) Como me late el corazon! es que mi vida se vá á decidir: no veis? (*Dambleville se vá, Leoncio permanece en el fondo, admirando á Isabel, que entra por la puerta de la derecha.*)



ESCENA III.

ISABEL, LEONCIO.

ISAB. (*Delante de la puerta hablando consigò misma.*) Yo no sé porque estoy tan trémula... Temo que no he de poder hablar... Pero Carlota me ha apremiado de una manera, me ha rogado tanto que se lo diga al señor Leoncio! El es tan bondadoso Ah! aqui está.

LEONC. Al fin estamos solos!... Desde mi vuelta parece que huis de mi.

ISAB. Oh! no lo creais.

LEONC. O que la señora de Treneuil os robaba todo el tiempo.

ISAB. Es tan buena amiga! me quiere tanto!

LEONC. Y quien podrá dejar de quereros?

ISAB. Cuando encontré á mi buena Carlota, estaba yo bien sola.

LEONC. Amada Isabel!

ISAB. Poco tiempo despues de vuestra ausencia mi matrimonio se deshizo; y sabeis por qué?

LEONC. Porque el cielo queria sin duda la felicidad de otro.

ISAB. (*Sonriéndose.*) El cielo!... y los pocos bienes que yo tenia que no le bastaron al señor marques de Treneuil... que era el novio.

LEONC. Qué indignidad!

ISAB. (*Con amargura.*) Si... yo hubiera sido su esposa... pero no soy rica?

LEONC. Qué felicidad!

ISAB. Mis padres, á quienes él habia conocido, pasaban por poderosos, y asi empleó mil medios para obtener mi mano; despues supo que era muy corta cosa lo que yo poseia... y seis semanas despues se casó con Carlota! que es una rica heredera.

LEONC. Pero cómo habiais consentido?...

ISAB. (*Titubeando.*) Me habian repetido tantas veces que este casamiento me convenia !... y yo estaba entonces... yo...

LEONC. Estabais entonces? Hablad, decid todo lo que tengais en el pensamiento.

ISAB, Estaba tan ignorante de todo, y aun de lo que pasaba dentro de mi corazon!

LEONC. Y ahora?

ISAB. Ahora he visto un poco el mundo, gracias á Carlota ; porque antes de haberme encontrado con ella, vuestra madre era tan severa! no me dejaba ver à nadie : ninguna diversion me permitia : todo la alarmaba, hasta las miradas que me echaban casualmente en los paseos! No tenia con quien hablar, ni á quien comunicar mis pensamientos, mis deseos, mis sentimientos.

LEONC. Oh Dios!

ISAB. Si supieseis!... Cuando encontré á Carlota, que se vino hácia mí, y me habló con ternura ; que conocí que era una verdadera amiga... se me soltaron las lágrimas ; y dije : al fin ya habrá quien me ame!

LEONC. (*Con viveza.*) Es posible?

ISAB. (*Sonriéndose y con gracia.*) Tambien teneis vos la culpa en parte.

LEONC. Yo?

ISAB. Me teniais tan acostumbrada á verme querida!

LEONC. Ah! habeis penetrado mi corazon!

IAB. Si!.... vos sois mi amigo no es verdad? vos sois mi hermano!...

LEONC. (*Haciendo un movimiento.*) Pero...

ISAB. Y quiero depositar en vos toda mi confianza ; deciros .. todos mis secretos... como se los deben decir uno á otro los hermanos.

LEONC. (*Inquieto.*) Secretos! vos teneis secretos?

ISAB. (*Con tono infantil y cariñoso.*) Oh! no pongais ese semblante tan grave, ni mostreis esa inquietud... como vuestra madre; porque entonces cerrará el miedo mis labios.

LEONC. (*Reponiéndose.*) Es preciso que lo sepa yo todo. Hablad pues!

ISAB. Sí! y sereis un protector para con vuestra madre. porque ya sabeis, señor Leoncio, que ella es la única que tiene derecho á disponer de mí! La mia al morir le transmitió todas sus facultades!... yo no puedo conceder mi mano á nadie sin su consentimiento.

LEONC. (*Turbado.*) Vuestra mano! qué decís?

ISAB. Y si no aprobase mi eleccion?

LEONC. (*Con dolor.*) Vuestra eleccion.

ISAB. Puede impedir mi casamiento

LEONC. Vuestro casamiento!

ISAB. Sí; el que me ama... y que...

LEONC. (*Con precipitacion y un poco de violencia.*) Y que es amado de vos no es esto? Pero por el cielo acabad pues! Quién es? quién se ha atrevido?..

ISAB. (*Asustada.*) Qué decis? pero... vos temblais!

LEONC. (*Procurando ocultar su turbacion.*) Yo?... no!... estoy tranquilo!... muy tranquilo.., solamente temo.... Ah! el que ha sorprendido vuestro corazon, el que se ha hecho amar de vos acaso no os ama como debeis ser amada! como otro...

ISAB. (*Interrumpiéndole y con viveza.*) Ah! no temais nada! me ama, y es digno de ser amado.. Bondadoso, amable, nacido para agradar, su contento: su alegria, tan opuesta á la triste austeridad de este sitio! y tambien otras cualidades mas sólidas, todo, todo me lo ha dicho muchas veces Carlota, que le conoce hace mucho tiempo; y si la hubierais oido hablar de él! como le pondera! como me repite que nadie me ama tanto como él.

LEONC. (*Fuera de si.*) Os engañan, Isabel, os engañan!

ISAB. (*Con viveza.*) No: cuando sepais quién es, no podreis menos de quererle.

LEONC. Jamas!

ISAB. (*Con viveza.*) Sí, le quereis ya!

LEONC. Yo?

ISAB. No hace mucho que lo habeis dicho.

LEONC. Cómo?

ISAB. Que vuestra amistad, vuestra adhesion á él serian eternas.

LEONC. Quién es, pues ?

ISAB. Os ha salvado la vida.

LEONC. (*Con dolor.*) Alberto ?

ISAB. Era ya vuestro amigo!... y ahora será vuestro hermano: no es verdad ?

LEONC. (*Apartándose de ella.*) Sí, mi hermano... Oh! Dios mio!

ESCENA VII.

ISABEL, LA MARQUESA DE TRENEUIL, EL CONDE ALBERTO DE MONTIGNY, LEONCIO.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) La señora marquesa de Treneuil, el señor conde de Montigny.

LEONC. Cielos! (*Hace un movimiento para alejarse; pero Alberto despues de haber saludado á Isabel, se acerca á él y le coje la mano: Leoncio se queda inmovil.*)

MARQ.[a] Aqui me tienes otra vez, Isabel. Saludo á vd., señor de Courtenay: he encontrado á la puerta al señor de Montigny; apenas hemos tenido tiempo para subir la escalera, y ya hemos entablado una discusion.

ALB. Yo estoy seguro de que la señorita de Monville se pondrá de mi parte, porque se trata de baile.

ISAB. Baile!... sepamos.

ALB. Se halla en Paris de pocos dias á esta parte un estrangero, conocido mio; con un cofre atestado de dinero, mientras que hay tantos salones enteramente vacios...

MARQ.[a] (*Riéndose.*) Oh! no le faltaran amigos que se encarguen de llenar los unos y desocupar el otro.

ALB. Y le he prometido que una señora que está en moda, consentiria...

MARQ.ª (*Con tono burlesco.*) En proveerle de amigos y conocimientos, como lo hace un tapicero de banquetas.

ALB. Pues asi se hace.

MARQ.ª (*Con el tono anterior.*) Entonces proponed á mi marido, que está al frente de varias empresas industriales, que establezca una compañia para dar bailes domiciliarios, que yo por mí no entiendo nada de negocios.

ALB. Y por qué se ha de dejar escapar la ocasion de divertirse? La vida debe ser un dia de fiesta. (*A Isabel.*) No es verdad?

ISAB. (*Riéndose.*) Sí será.

MARQ.ª Eso no es seguro!... que tambien puede ser un dia de combate.

LEONC. (*Haciendo un movimiento.*) Sí.

ALB. (*Con mucha alegria.*) Entonces se convierte en un dia de victoria.

MARQ.ª Sin duda.

LEONC. (*Procurando sonreirse.*) Pero tambien hay ocasiones en que se necesita tener un gran valor.

ALB. (*Yendo hácia él.*) Qué teneis, Leoncio? Estais malo?

LEONC. Yo? no.

IAB. (*En voz baja á la marquesa.*) Todo se lo he dicho al señor Leoncio.

MARQ.ª (*En el mismo tono.*) Y yo he escrito á su madre.

ALB. Pero vuestro semblante da á entender que teneis algo conmigo?

LEONC. Oh! no: no lo creais.

ISAB. (*Con viveza.*) El señor que no cesa de repetir que la amistad que os profesa, será eterna!

MARQ.ª Oh! El señor Leoncio tiene un corazon muy noble, para no justificar la confianza fraterna que le has hecho.

ALB. (*Cogiendo la mano á Leoncio.*) Es cierto, Leoncio? Mi felicidad está en vuestras manos?

LEONC. Yo no olvido que mi vida ha estado en las vuestras.

ALB. (*Satisfecho.*) Sí, sin duda; yo os he sacado del Tiber, bueno! Os he curado de un ataque al cerebro llamando dos médicos, mejor! Pero creeis que lo haya hecho para dejaros morir en Paris de fastidio? porque estais triste, uraño, retirado del mundo y los placeres... Yo no quiero eso: la vida es una chanza, y solo los tontos son los que toman con seriedad las burlas. (*Bajo á Leoncio.*) Nos divertiremos. (*Leoncio hace un movimiento de repulsa.*) Oh! y cómo os ha de gustar! mirad, amigo mio, yo no quiero mas que manifestaros mi reconocimiento, porque os voy á ser deudor de la que amo; de aquella, cuya gracia hechicera, y cuya bondad insinuante han seducido mi corazon. (*Se dirige á Isabel, que está hablando bajo con la marquesa.*) Cuán feliz puedo ser!

LEONC. (*Aparte.*) Cuanto padezco!

(*La marquesa se acerca á Leoncio, mientras que Alberto habla bajo á Isabel.*)

MARQ.ª (*A Leoncio con un suspiro ahogado.*) Ella será feliz! Será la compañera de aquel á quien ama: de ese modo la vida es dulce, la virtud facil, y la felicidad cierta.

LEONC. (*Como hablando consigo mismo.*) Sí; qué sea feliz!

MARQ.ª Vuestra madre y mi señora, acaba de recibir en una carta mia, la peticion formal del señor de Montigny, y una nota de sus bienes de fortuna. (*Sonriéndose.*) Nota que no tiene nada de particular por cierto! Qué quereis? Suele decirse que los amantes pueden vivir del amor y del aire; pero en cuanto á los casados jamas se ha visto. (*Mas bajo.*) Isabel no tiene apenas mas que quince mil libras de renta, segun creo; pero el señor conde de Montigny se contenta con ellas: la quiere tanto! Puede heredar de un tio muy rico y muy anciano.

ESCENA VIII.

ISABEL, ALBERTO, LA SEÑORA DE COURTENAY, LA MARQUESA, LEONCIO.

COURT. (*Entrando turbada por la puerta de la izquierda.*) Ah! yo no creia encontrar esto tan favorecido; pensaba que la señora marquesa estaba sola con Isabel; y la carta suya que acabo de recibir....

MARQ.ª Interesa aqui á mas de una persona, y la contestacion favorable hará mas de un dichoso.

COURT. Mas esa contestacion me es imposible darla delante del señor de Montigny, porque no puede ser mas que una negativa: este matrimonio es imposible!

MARQ.ª (*Asombrada.*) Imposible!

ALB. Por qué, pues?

ISAB. Cielos!

COURT. Por mas honorífica que sea esta peticion para la señorita Monville: por mas ventajoso que sea este casamiento, como se ha presentado otro proyecto, otro partido...

LEONC. (*Con viveza y adelantándose entre la marquesa y la señora de Courtenay.*) Otro partido, madre mia! pues no sabeis que Alberto la ama?

COURT. (*Fijando los ojos en Leoncio.*) El otro la ama tambien mas tiempo hace.

LEONC. (*Con cierta especie de duda dolorosa.*) Pero ella no le ama. (*Con voz mas firme.*) Alberto solo es el amado.

COURT. Isabel, por otra parte, no tiene la riqueza que al señor convendria, siete ú ocho mil libras de renta, á todo mas.

LEONC. (*Con voz firme y tranquila.*) Os equivocais, madre mia, tiene quince mil libras: su tutor es mi amigo, y estoy seguro de eso.

COURT. (*Mirándole con sorpresa.*) Bueno! mas se necesita mi consentimiento, y yo no le presto.

LEONC. (*Mirando á Isabel que llora, tomando despues la mano á su madre y con voz firme.*) Ya le concedereis, madre mia; yo, yo os lo pido por Alberto, que me salvó la vida, y que á no ser por él, no tendriais hijo.

COURT. Qué! habia de ver yo por mis propios ojos una reunion que me desespera! no, no, repito: es imposible.

ESCENA IX.

ISABEL, ALBERTO, *la* SEÑORA DE COURTELAY, *la* MARQUESA, DAMBLEVILLE.

DAMB. (*Entra por el fondo.*) Imposible! Pues sobre qué recae la cuestion?

COURT. Sobre el enlace de Isabel con el señor de Montigny.

DAMB. Cómo?

CORT. Bien sabeis, doctor, que no puede casarse sin mi beneplacito, y que yo jamas consentiré...

LEONC. Sí, madre mia, este enlace se verificará, yo lo deseo, lo pido.

COURT. (*Sorprendida y con tristeza.*) Tù lo pides, Leoncio?

LEONC. (*Con instancia.*) Se lo pido á mi madre, sí, dad vuestro consentimiento, os lo suplico!

DAMB. Qué! Es él!

MARQ[a]. (*A la señora de Courtenay que titubea.*) Consentís no es verdad?

COURT. (*Esforzándose.*) Todo el mundo lo exige? Pues si: pero llevadlos de aqui, señora, que no quiero, ni puedo soportar su presencia. (*Repele á Isabel, que se acerca para darle gracias.*)

MARQ[a]. Como, señora? Que Isabel deje la casa en que se ha criado! Qué os deje!

ISAB. Marcharse asi... con vuestro enojo...

COURT. (*A media voz á la marquesa.*) Si supierais, señora? Este matrimonio, la presencia de este joven, todo, todo es imposible! imposible aqui! Dios mio! Por gracia, llevadla. Vos sois su amiga; vuestra casa es para ella el mejor asilo, el mas honroso. (*Se va á sentar á la izquierda.*)

LEONC. (*A Isabel con dulzura.*) Idos, que despues volvereis, hermana mia. (*Presenta la mano á Alberto.*)

ALB. (*Apretándosela.*) Buen amigo!

MARQ[a]. Mientras tanto Isabel, vente conmigo. (*A Leoncio.*) Bien, señor de Courtenay. (*Vanse la Marquesa, Alberto é Isabel. La señora de Courtenay está en un sillon á la izquierda. Leoncio en pie al otro lado del teatro; Dambleville en el medio.*)

ESCENA X.

LEONCIO, DAMBLEVILLE, LA SEÑORA DE COURTENAY.

COURT. Pobre hijo!

LEONC. (*A si mismo muy abatido.*) Todo se acabó!

DAMB. Todo se acabó! y mi pleito?

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Buen salon en el arrabal de Saint Honoré, en casa de la marquesa de Treneuil.—Puertas en el fondo, y á los lados. Una mesa á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, LA SEÑORA MONISTROL, *despues* LA MARQUESA.

Isabel entra por la puerta de la derecha, siguela la señora Monistrol.—Debe aparecer muy contenta.

ISAB. Las tres, y Carlota no ha parecido aun!

MONIST. Y la señorita, que gracias á nuestra buena costumbre del Marais, está levantada desde las ocho, mucho antes que todos los criados de la casa, y acaso tambien primero que los porteros del arrabal de Saint Honoré.

ISAB. (*Risueña.*) No es gran mal: habré vivido algunas horas mas! pero bien pronto me haré á los buenos usos... seré elegante, feliz, y tal vez de moda como la marquesa de Treneuil... Desde ayer que estoy en su casa... no puedo aun .. Ah! aqui está Carlota. (*Se va hácia la marquesa que entra por*

la puerta de la izquierda, y tiene en la mano unas cartas.)

MARQ.ª (*Yendo á colocarse entre Isabel y la señora Monistrol.*) Perdona, amiga; que no haya venido inmediatamente, (*Sonriéndose.*) porque hace algunos momentos que estas aqui, lo sé, pues desde ese gabinete se oye todo cuanto se habla en esta pieza; pero tenia que concluir estas cartas, y eso me ha detenido.

ISAB. Pues habia de querer yo que tú alterases en nada tu método de vida?

MARQ.ª De ese modo permitirás?... (*Toma unas cartas de mano del cazador, que entra y pone sobre la mesa un gruesísimo paquete de periódicos.*) Ah! son los papeles públicos del dia. (*Abre las cartas que la entregaron.*) Un convite de baile. (*Tira la carta sobre la mesa al lado de los periódicos, y hace lo mismo con las demas, al paso que las va leyendo.*) Un concierto... dos bailes... (*Abriendo aun mas cartas.*) todavia mas bailes... una loteria... una mañana musical...

ISAB. Cuán dichosa eres!

MON. (*Que ha ido foliando los periódicos, y que ojea los billetes de convite con un gran suspiro.*) Cuántos placeres no hay en todo esto!... Y decir que unos lo tienen todo..

EL CAZADOR. El señor conde de Montigny ha venido ya por dos veces.

MARQ.ª (*Hace un movimiento al oir nombrar al conde; despues se repone, y dice á Isabel en voz baja, sonriéndose.*) Es por ti.. (*Al cazador que va á salir.*) Andad... y no olvidarse de que estoy con gentes. (*Vase el cazador.*) Hoy tendremos un buen dia, Isabel; esta noche se firmará el contrato matrimonial.

ISAB. Tan pronto?

MARQ.ª La felicidad no viene nunca demasiado aprisa.

MON. Ah! y cuánta razon tiene la señora marquesa! Un matrimonio puede descomponerse...

ISAB. (*Riendo.*) Para mi buena Monistrol un matrimo-

nio deshecho es una calamidad, que equivale á un incendio ó á un terremoto.

MON. Algun dia dejareis de reiros de eso.

ISAB. (*A la marquesa.*) En fin, querida Carlota, yo voy á ver el mundo, à conocerlo: no me han enseñado nada de lo que en él pasa; pero muchas veces lo he visto acá en mis sueños.

MARQ.ª (*Riéndose.*) Y tù quieres perder tus sueños de niña, tan brillantes, tan puros, por la realidad? Sustituir la esperiencia á las ilusiones? Cambiar las esperanzas de amor por el matrimonio, y la seguridad de tu vida apacible, por los riesgos y peligros del mundo? Pues bien, lo veras!

ISAB. (*Asombrada.*) Cómo, dices tú eso?

MARQ.ª Me estoy chanceando. Pero hablemos de tu matrimonio.

ISAB. Ocuparte de mí, querida amiga, cuando tantos gustos te cercan?

MARQ.ª Oh! sin duda los gustos!... mas hablemos de tu felicidad.

ISAB. Y de la tuya tambien! porque tú eres hoy una muger de moda, el señor Alberto me lo ha dicho!

MARQ.ª Es posible!... pero hablemos de tus amores.

ISAB. (*Mirándola en silencio como asombrada.*) Si, Carlota, yo amo al señor de Montigny... pero para comprender cuàn loca estoy hoy de alegria, era preciso saber cuanto me hacia padecer el fastidio... este mal sin causa, pero que puede llevar á una á la sepultura. Yo no tenia la menor idea de aquellas palabras llenas de gracia y de dulzura, con que Alberto ha trastornado mi corazon, ni de aquella elegancia, aquel buen humor, la vida alegre y regocijada que trae, y que sin embargo, no le impidió hacer una accion noble y generosa.

MARQ.ª (*Con viveza.*) Sí, arriesgó su vida por salvar al señor Leoncio, á quien no conocia! pero no sabes tu que la espone á cada paso en un desafio? por menos aun? por una carrera de caballo, una apuesta, una friolera? Cómo admira y encanta esta audacia! (*Se anima.*) Cómo se celebran, aun

sin querer, en un hombre, este valor, que aterr: á una!

ISAB. (*Mirandola con sorpresa.*) Oh! tienes muchísima razon!

MONIST. Cuanto celebraria yo casarme con un militar.

ISAB. A tí te deberé, Carlota, toda mi felicidad!... te acuerdas de tu último baile? Yo no puedo esplicar aun lo que pasaba en mi interior; la música me agitaba, el baile me volvia loca... Y la voz de Alberto oh! yo no sé como adivinaba sus palabras, porque no las entendia; pero sus miradas repetian á las mias. Yo os amo... y yo temblaba, me sonrojaba, mi corazon estaba conmovido, trastornado. Si era esto miedo, alegria, ó amor yo lo ignoraba!... Y cuando me dió gracias por mi confesion, por el amor que acababa de prometerle... ni yo sabia siquiera que le amaba ni que se lo habia dicho.

MARQ^a. Ah!

ISAB. Lo sabias tu ya! porque nos ibas siguiendo los pasos... el ruido, el calor, el cansancio te habian puesto mala, y asi desmayada te estreché contra mi corazon... cuando me dijiste... te ama... Isabel... y tu le amas á él tambien.

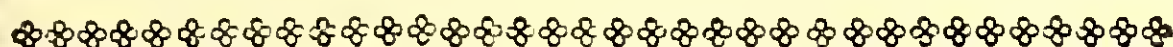
MARQ. (*Con viveza.*) Tu sabes muy bien que yo he apresurado tu casamienso: mi amistad no se ha desmentido ni un solo instante, yo he vencido los obstáculos... yo soy la que te va á unir á él... porque tu eres libre tu has podido dar tu corazon; y esta noche (*Ahogando un suspiro.*) serás su mujer.

ISAB. (*Mirándola con sorpresa.*) Qué te ha dado?

MARQ^a. (*Sonriéndose.*) Nada.

MONIST. En fin vamos... quiero decir, va á ser condesa.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) El señor conde Alberto de Montigny.



ESCENA II.

ISABEL, ALBERTO, LA MARQUESA, LA SEÑORA MONISTROL.

ALB. (*Aparte entrando.*) Juntas!

MARQ[a]. Dos veces... ya... esta mañana!

ALB. (*Con ternura á la marquesa.*) Nunca demasiado temprano para mi deseo. (*Lo mismo á Isabel.*) Cuantos motivos para venir hoy!

MARQ[a]. (*Le mira, èl se detiene en el momento, en que tomaba la mano á Isabel: con tono desdeñoso.*) Tantos negocios os ocupan ordinariamente!

ISAB. Tantos placeres, querrás decir?

ALB. El placer no es el mayor negocio?

MARQ[a]. El tiempo que le dedicais, no debe á la verdad dejaros mucho para los demas.

ALB. (*A la marquesa con aturdimiento.*) No me dejaria absolutamente ninguno si vos quisieseis...

ISAB. (*Aparte admirada y un poco celosa.*) Como la mira!

ALB. (*Percibiendo el movimiento de Isabel se llega á ella, y la dice con ternura á media voz.*) No la voy á deber mi felicidad!

MARQ[a]. (*Triste aparte mirándole.*) Que pronto ha obedecido!

ISAB. (*Que está atenta á los movimientos de la marquesa, mirándole con un poco de desconfianza: Aparte.*) Que turbada está Carlota. (*Alto.*) Vuestra felicidad! y es cierto eso?

ALB. (*Con alegria.*) Oh! dejad esas desconfianzas, esas sospechas, que se forman en la soledad, y que el mundo no tolera: que nuestra vida sea brillante, y pasémosla alegremente; dejemos á un lado los grandes sentimientos y los celos: la tristeza nunca es de moda, y los artesones dorados no deben ver mas que la sonrisa.

MONIST. Si supieseis la vida que se hacia en casa de la señora de Courtenay no os admirarias.

ISAB. (*La hace señas para que calle : risueña.*) Es verdad qui mi juventud es como la infancia, no tiene pasado.

MARQ^a. Por eso es tan alegre y tan confiada.

MARQ. (*Dentro de bastidores.*) Todavia preparativos de fiesta !..

MONIST. Oigo al señor marques.

MARQ^a. (*Riendose.*) Sí, parece que es alguno que está riñendo.

ESCENA III.

ALBERTO, ISABEL, EL MARQUES, LA MARQUESA, LA SEÑORA MONISTROL.

MARQ. (*De mal humor.*) Y qué! señora, siempre gentes comidas... (*Percibe á Isabel, cambia de tono y dice con aire agradable.*) Pero qué veo ? La señorita de Monville ! Que felicidad! (*La saluda, se acerca á ella, la quiere tomar la mano, ella se retira hácia atras y le saluda con dignidad ; vé entonces el marques á Alberto y empiezan á picarle los celos.*) En cuanto al señor de Montigny no es estraño verle aqui.

MARQ^a. El señor Alberto es vuestro amigo.

ALB. Y ese es para mi un honor, de que me precio.

MARQ. (*Aparte.*) Las visitas son ya demasiado frecuentes !

ISAB. (*Aparte.*) No me parece á mi que el señor marques está muy contento de ver á su amigo.

MARQ. Parece que teneis música esta noche ?

MARQ^a. Esta mañana, Caballero.

ALB. (*Riendose.*) Oh ! los placeres invaden el dia.. á despecho del fastidio, que no les queria ceder mas que la noche.

MARQ. Y de la coqueteria, que gana mucho con las luces artificiales.

MARQ[a]. (*Sonriéndose malignamente.*) Sentencias de marido! La coquetería es de todos los momentos... aunque no fuese mas que para dar unos pocos de celos.

MARQ. Ah!

MARQ[a]. O bien para probarse una á sí misma, que posée aun algunos medios de agradar.

MARQ. Lo creeís así?

MARQ[a]. Y para oir una repetir aquellas espresiones dulces, que tan pronto cambian los maridos en reconvenciones y epigramas.

MARQ. Ese juego peligroso..

MARQ[a]. (*Risueña y maligna.*) Es una leccion que doy á una amiga, que se vá á casar. Si no hubierais estado ausente estos dias sabriais ya que Isabel se casa con el señor de Montigny.

MARQ. (*Admirado y contento.*) Alberto!

MARQ[a]. Esta noche se va á firmar el contrato en vuestra casa.

MARQ. (*Alegre yéndose á colocar entre Isabel y Alberto.*) Ah! como pues! Alberto es uno de mis amigos, de mis mejores amigos. Es un genio activo, emprendedor... debe salir con todo cuanto emprenda.

ISAB. (*Aparte.*) Qué tenia pues este hombre? Y por qué Carlota está tan agitada?

UN CRIADO. El señor doctor Dambleville.

ESCENA IV.

ALBERTO, EL MAQUES, LA MARQUESA, DAMBLEVILLE, LA SEÑORA MONISTROL.

Saludos.

MARQ[a]. Y bien, señor doctor, que hay de nuevo?

DAMB. Nada que merezca la pena de contarse... intrigas

casamientos, dueñas de casa que tienen siempre alguna buena accion que hacer á espensas de sus amigas, y algun jóven soltero protejido que establecer á costa de una rica heredera. (*Movimiento de la marquesa*; *Miranla el doctor é Isabel.*) Caballeros de provincia, que vienen á Paris á comerse en seis meses, lo que sus padres pudieron allegar en treinta años. Los tontos meten siempre gran ruido. Las mujeres hermosas se ostentan siempre en el baile y en la ópera, y los intrigantes hallan modo para estar á un mismo tiempo en todas partes; en fin las cosas van siempre como de ordinario.

ALB. (*Jocosamente.*) Y como de ordinario tambien el señor doctor no perdona mas nuestras ridiculeces que á sus enfermos.

DAM. (*Riéndose.*) Si estos fuesen tantos como aquellos no sabria á cuales atender primero.

MARQ[a]. La señora de Courtenay vendrá á la invitacion que la hize?

DAB. Se lo iré á preguntar cuando salga de aqui si la señora marquesa gusta de ello.

MARQ. Ah! vos me haceis acordar de una carta de su hijo; en que me anuncia que se pasará por aqui esta mañana, para hablarme de un asunto de la mayor importancia segun él dice.

ALB. Cómo?

MARQ. Yo no podia comprender esta carta; pero los intereses de la señorita Monville, de que la señora de Courtenay quedó encargada serán sin duda los que traerán aqui á su hijo. Le conoceis Alberto?

ALB. Que si le conozco? es de todos mis amigos el que mas quiero, y el que menos me entretiene.

DAM. Es un joven noble y leal.

MONIST. Sí, seguramente; pero se da poco al mundo, no se ocupa de las mujeres, no juega nunca, no ha tenido ningun desafio, ni sabe bailar, ni aun siquiera la galop!... en fin uno de aquellos jovenes que no sirven para nada.

MARQ.ª Pero cuya nobleza de corazon es capaz de todo.

ALB. Y en primer lugar para las locuras! No he dejado de persuadirme hasta ahora de que no se hubiese arrojado al Tiber de intento.

ISAB. O cielos!

MONIST. Es muy posible.

ALB. Y en el delirio de la calentura hablaba de una muger... oh! una pasion terrible... estos hombres tan racionales son enamorados frenéticos... Yo lo creo, como que no aman mas que una vez en la vida... todas sus tonterias en una sola! asi nada les falta!

DAMB. Los males públicos, las faltas y defectos de la sociedad, le aflijen, le trastornan.

ALB. Y luego, se asocia á todos los hombres de bien pobres, miserables, que encuentra casualmente, y asi anda á veces mal acompañado.

ISAB. (*Con tono de desaprobacion.*) Ah!

UN CRIADO. (*Anunciando.*) El señor de Courtenay.

ESCENA V.

ALBERTO, EL MARQUES, LEONCIO, LA MARQUESA, DAMBLEVILLE, ISABEL, LA SEÑORA MONISTROL.

LEONC. (*Aparte.*) Isabel! (*Se detiene viendo tanta gente.*)

MARQ.ª Mucho celebro ver al señor de Courtenay en esta casa.

LEONC. (*Conmovido al pronto, se repone y saluda á cada uno con digidad.*) Tengo el honor, señora marquesa... pero... era al señor marques... y para un negocio... no quisiera incomodar á estas damas.

ISAB. (*Aparte.*) Qué pálido está!

MARQ. Todo el mundo os conoce aqui, señor Leoncio, y se alegrará mucho de veros.

ALB. (*Risueño.*) Si hubieseis oido lo que de vos se decia, Leoncio!

DAMB. Oh! eso le seria absolutamente igual; al ver el poco caso que hace de la opinion de los hombres, no parece sino que tiene para sus acciones otro juez bien superior á ellos.

LEONC. Lo que tengo que decir al señor marques no sufre dilacion... porque esta tarde dejo á Paris.

MARQ.ª Dejar á Paris! el casamiento de Isabel necesita de vuestra presencia, de la de vuestra señora madre... se podria presumir, señor...

LEONC. (*Turbado.*) Qué, pues?

MARQ.ª Que entrambos desaprobabais esta union... y las gentes... pero no, la señora de Courtenay nos dispensará el honor, asi como vos, de aceptar nuestro convite. (*Leoncio se inclina y no responde.*) Pero tened la bondad de tomar asiento.

La señora Monistrol habia tocado la campanilla; entró el cazador y va arrimando sillas; se colocan los interlocutores del modo siguiente: el marques, Leoncio, Dambleville, la marquesa, Isabel, sentados: Alberto en pie inclinándose hácia el sillon de Isabel, la señora Monistrol de pie al otro lado de la mesa.)

LEONC. (*Dudoso en sentarse.*) Repito, señor marques, que un negocio de grande importancia y muy urgente me trae aqui.

MARQ. Se trata de intereses vuestros peculiares, señor? entonces paso á mi despacho. (*Levantándose.*)

LEONC. Lo que tengo que decir no toca ni pertenece en manera alguna á mi persona, y es á vos solo...

MARQ. (*Volviéndose à sentar y haciéndole señas para que se siente.*) Hablad, pues, señor, no tengo negocio alguno que deba ni pueda ocultar, y podeis esplicaros delante de cuantos estan presentes.

LEONC. Pero permitidme otra vez; temo el fastidio...

ISAB. (*Un poco burlona.*) Sino se trata de escoger una gala, ó de los preparativos de un baile, piensa acaso, el señor Leoncio, que no somos dignas de escucharle?

LEONC. (*Con tono afable.*) Al contrario! No es digno de

ser oido, porque va á hablar de negocios pecuniarios.

MARQ.ª De negocios! Pues bien, no trata de eso todo el mundo? Mi camarera tenia esta mañana dos acciones de una compañia para ajustar casamientos.

MON. Esa si que es una escelente idea!

LEONC. Lo que me trae aqui no se refiere justamente á una de aquellas especulaciones que no quiero calificar; porque en el dia la pasion por el dinero trastorna todas las cabezas, y da lugar á muchas locuras y tonterias.

ALB. (*Alegremente.*) Y tienen mucha razon! Sea vd. pobre en nuestros tiempos! Viva vd. en una boardilla para que no venga á verle ninguno de sus amigos!... ande vd. mal vestido para que ninguna muger le mire á la cara!... Vaya vd. á pie para que no le conviden á nada!... Lo primero es ser rico, despues ya se goza de consideracion; todo Paris corre á vuestras funciones, come en vuestra mesa, y no se para en averiguar como habeis adquirido lo que gastais.

(*Mientras que Alberto estaba hablando daba Isabel grandes muestras de atencion, haciendo al fin un cierto gesto de descontenta; percibelo Alberto y la habla tiernamente, procurando distraerla de que preste atencion á lo que dice Leoncio.*)

LEONC. (*Mirándole y sonriéndose.*) Os estais burlando, Alberto. (*Serio.*) En nuestros tiempos, y doy gracias al cielo, las especulaciones de comercio y los trabajos del entendimiento son manantiales de poder. Admiro y aprecio los medios honrosos de prosperar, que no debe un hombre mas que asi mismo, y el talento es un poder, que se puede proclamar sin temor ni bajeza. Pero hay mucha distancia entre una industria honrosa y aquel aparato falso y engañoso que se presenta á la codicia crédula, y que solo sirve para que algunos intrigantes se aprovechen de todos los ahorros y economías de los pobres.

MARQ. Pienso del mismo modo que vd., amigo mio...

LEONC. Bien seguro estaba yo de eso.

ALB. (*Que estaba hablando bajo á Isabel y como continuando la conversacion.*) Cuán feliz soy! (*Deliénese Leoncio y hace un movimiento.*)

MARQ.ª (*Con un poco de mal humor.*) Isabel!

ISAB. (*Riéndose y con tono cariñoso.*) Señor Alberto!... tened mas formalidad!

LEONC. (*Mirándolos y ahogando un suspiro.*) Sí, señor marques, yo estaba bien seguro, y solo un error ó algunas intrigas culpables, hubieran podido meter al señor de Treneuil en una especulacion de esta naturaleza.

MARQ. (*Admirado.*) Cómo!

MARQ.ª (*Con viveza.*) Cielos!

DAMB. (*Con idem.*) Es posible!

MARQ. Continuad, pues, señor.

LEONC. Un hombre de bien ha sido engañado; colocó en una empresa fraudulenta el fruto de muchos años de trabajo, y la sana razon, asi como la probidad, debe impedir una especulacion que no puede traer mas que desgracia y ruina para los unos... y otra cosa peor, tal vez, para los otros.

MARQ. (*Levantándose, asi como Leoncio.*) Caballero...

DAMB. (*A Leoncio levantándose.*) Deteneos.

LEONC. (*Incomodado.*) Doctor, ayudadme, pues, en lugar de contenerme.

DAMB. (*Pasmado, yendo á sentarse.*) Qué os ayude? yo! yo ayudaros!...

ALB. (*Irónicamente.*) Cómo! Pues no quereis hacer el don Quijote, acorrer á los menesterosos y desfacer todos los entuertos?

DAM. Mucho tendria que hacer.

MARQ (*A Leoncio.*) Vuestro celo, señor, no tiene mas que una tacha, y es que está fuera de su lugar; porque yo no concibo que nada de todo eso pueda tener relacion con mi persona.

DAMB. De vos, señor marques, lo creo muy bien.

LEONC. (*A Dambleville.*) De ese modo, dais la razon al señor?

DAMB. Sí, cierto... y se la daré mil veces.

LEONC. (*Lo mismo.*) Con que yo no debo defender los intereses contrarios?

DAMB. Sin duda que no! porque yo apostaria á que os ha embaucado algun pobre diablo, que codicia un dinero que no le pertenece. Creedme, renunciad á vuestro propósito; que no se hable mas; y el señor marques os disimulará, porque sabe que vuestra alma generosa os lleva muy frecuentemente mas allá de lo que convendria.

LEONC. Si vos lo ordenais, yo no tengo ya nada que hacer, ni vos tampoco que demandar nada al señor Gribelet.

DAMB. (*Levantándose con prontitud como todos los demas.*) El señor Gribelet! Qué es lo que decis?

LEONC. Qué sí, señor, Gribelet.

DAMB. Y ese dinero?

LEONC. Es el vuestro.

DAMB. Mis doscientos mil francos?

LEONC. Los mismos.

DAMB. Oh, mi Dios! no se trata ya de un pobre diablo... se trata de mí... este dinero es muy mio... No: no vayais á dar de mano á este negocio, señor Leoncio; en ninguna manera; antes por el contrario.. vamos, pues, hablad... el señor marques os escuchará... debe escucharos... y ese indigno Gribelet...

MON. (*Aparte.*) Tomad... ahora dice todo lo contrario de lo que acaba de decir!

MARQ.ª (*Al marques.*) Gribelet? quién es ese hombre? qué relacianes pueden mediar entre él y vos?

MARQ. Es el agente de algunas de mis empresas.

DAMB. Es un pícaro, un bribon, un ladron!

MARQ. Si habran sorprendido mi buena fe!

LEONC. (*Al marques.*) Este hombre os ha vendido despues de haberos engañado.

ALB. (*Aparte.*) Este imbecil de Gribelet habrá hecho alguna de las suyas!

LEONC. El señor marques pensará como yo, luego que tome conocimiento de este escrito, en el cual he

reunido todo aquello que puede ilustrarle sobre la materia y aquietar su conciencia.

ALB. (*Que se ha colocado entre Leoncio y el marques, y toma el papel jovial.*) La vuestra, Leoncio, puede haberse estraviado.

MARQ. (*Volviendo á coger el papel á Alberto.*) Dadme, pues, ese papel.

ALB. (*Jovial á Leoncio.*) Sois un misantropo, que no sabeis nada de las cosas del mundo; no es verdad, doctor?

DAMB. El señor? al contrario... lo sabe muy bien.

ALB. (*Siempre jovial.*) Que os meteis en lo que no os va ni os viene.

DAMB. Esto le toca!... es mi amigo... el mejor que tengo.

ALB. (*Lo mismo.*) No teneis la menor idea de lo que se llama negocios.

DAMB. Los entiende perfectamente. (*Aparte.*) Este señor Alberto me incomoda mucho.

LEONC. Cuando el señor Gribelet, estrechado por mis preguntas, y convencido del riesgo que podia correr, me nombró al señor marques como gefe de esta empresa, entonces, señor, vine á vos persuadido de que se os habia engañado, porque yo sé que al lado de un hombre rico y que goza de consideracion, se encuentran á veces gentes diestras que le engañan esplotando su fortuna y su nombre... ahora he dicho cuanto tenia que decir.

ALB. (*Colérico, no pudiendo sostener la jovialidad afectada que habia sostenido hasta entonces.*) Puede haber en eso un celo mas sospechoso, que las intrigas que se pretenden.

LEONC. (*Admirado.*) Qué decis?

ISAB. (*Que habrá estado muy atenta à la escena, y algunas veces admirada y descontenta.*) Qué hay, pues?

DAMB. (*Con viveza.*) Dudar del señor Leoncio!

MARQ.ᵉ (*Pasmada.*) Por qué incomodarse de ese modo?

ALB. (*Sosegándose y con amabilidad á la marquesa.*)

Oh! perdonad..: no he podido contenerme al ver que se atacaba al señor marques...

MARQ. (*Con frialdad á Alberto.*) Y en dónde habeis visto que esto me pueda ofender?

DAMB. (*Aparte.*) Si conocerá el señor conde Alberto á Gribelet!

EL CAZADOR. (*Entrando por la puerta lateral.*) Ahi está un sugeto que desea hablar al señor marques.

MARQ. Voy allá.

EL CAZADOR. Los artistas que la marquesa, mi señora, esperaba, acaban de llegar.

MARQ.[a] Les voy á hablar. (*A Isabel.*) Ya ves; hoy concierto, mañana doy un gran baile, pasado te llevo á la ópera; ni aun te quiero dejar tiempo para pensar. No me he encargado, por ventura, de tu felicidad?

MARQ. (*A Leoncio.*) Nos volveremos a ver, señor Leoncio, supuesto que habeis de asistir á la boda...

ISAB. Si me permitis, señor Leoncio, pondré dos letras... y se las llevareis á mi señora vuestra madre, rogándola que acceda á mis instancias... (*Hace un movimiento para ir á escribir.*)

LEONC. Esperaré...

MARQ.[a] (*Señalándole la puerta de la izquierda.*) En ese gabinete en que estaba yo escribiendo poco hace.

ISAB. Vuelvo al instante...

MARQ. (*Se encamina hácia la puerta de la derecha, luego se detiene, vuélvese á Leoncio y le tiende la mano afectuosamente.*) Hasta la vista, señor de Courtenay. (*Sale por la puerta de la derecha.*)

DAMB. Este es un buen presagio para mi negocio. (*Sale por la puerta del fondo.*)

ALB. (*A Leoncio.*) Tengo que deciros, Leoncio.

LEONC. Ya os escucho, Alberto.

MARQ.[a] (*Despues de haber llevado á Isabel á la puerta de la izquierda.*) Hasta la noche, señor de Courtenay. (*Saluda á Alberto, y vase con la señora Monistrol por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

LEONCIO, ALBERTO.

ALB. Qué os he hecho yo?

LEONC. Cómo?

ALB. Os habeis olvidado ya de nuestra amistad...

LEONC. Ha empezado de modo, que jamas pueda olvidarla.

ALB. Por qué, pues, tratais de perderme para con el señor marqués?

LEONC. Perderos?

ALB. Un hombre debil, que no tiene mas ideas que las que otros le sugieren, y de cuya confianza me acabais de despojar...

LEONC. A vos?

ALB. A mí, que soy el que le indujo á todas sus empresas; sin que la marquesa lo llegase á entender, y algunas veces hasta repugnándolo él mismo, que en un principio ni hacia caso de ellas.

LEONC. Oh! no es posible, Alberto.

ALB. El pone su capital, yo mis ideas: y los productos nos los repartimos.

LEONC. *(Dolorosamente.)* Es cierto?

ALB. Nada hay mas comun.

LEONC. Alberto, respondedme!... Por el cielo os conjuro á que digais la verdad!... Conoceis con toda precision los pormenores de este negocio?

ALB. *(Dudoso al principio y despues riéndose.)* Que severo estais, y con que solemnidad... Ya veis, amigo mio, que yo no tomo con la seriedad que vos las cosas de la vida.

LEONC. Alberto!

ALB. *(En tono alegre y con ligereza.)* No hay nada mas fastidioso que las fortunas lentas y medianas, que siguen al trabajo y á la economia: es preciso hacer una fortuna rápida, instantánea.

LEONC. *(Animándose.)* Alberto!

ALB. *(Siempre risueño.)* Quereis que me case con Isabel cuando tenga cincuenta años?

LEONC. Isabel no se casará jamas, sino con un hombre honrado.

ALB. Caballero... eso es ya demasiado... ya adivino al fin vuestro intento.

LEONC. Vos!... adivinais?

ALB. Sí: habeis venido á trastornar mis proyectos, á destruir mis esperanzas, á arrebatarme à Isabel!

LEONC. *(Turbado.)* Qué es lo que osais decir?

ALB. Oh! todo lo veo al presente! vos la amais!

LEONC. Yo?

ALB. Vos!... si lo queriais negar, no debierais demudaros al oir su nombre.

LEONC. Y cuando eso fuese?

ALB. Si fuese eso!... Pero vos acabais de ofenderme, de acusarme en su presencia!... No sabeis que en semejantes casos?...

LEONC. *(Con cierta prontitud mezclada con alegria.)* Es preciso batirse: no es esto? Y quién os ha dicho que yo no lo desee mas que vos?

ALB. Venid, pues.

LEONC. Oh! no os haré esperar.

ALB. *(Con ironia, yendo hácia el fondo.)* He aqui esa amistad de hermano!

LEONC. *(A sí mismo, deteniéndose.)* De hermano? Oh! sí, su hermano para protegerla... defender su felicidad... decia ella... y aquel á quien ama... estaria delante de mí... buscaria mi espada su corazon!... Ah! nunca... nunca! Buen Dios! era una locura, un delirio! la razon vuelve á recobrar su imperio! Alberto, hay palabras cuyo acento no puede engañar; vos, tan valiente para defender vuestro honor!... vos tan generoso para salvar á un desconocido!... vos, que tantas cualidades sobresalientes...

ALB. *(Riéndose.)* Qué quereis? Hay gentes que son respecto de las virtudes, lo que otras respecto del

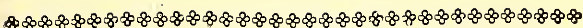
dinero, tienen lo que es superfluo, y les falta lo necesario.

LEONC. (*Con impaciencia.*) Habeis de estar siempre de broma? Creedme, apesar de eso, el tiempo pasagero de la intriga, aquellos aparatos da fortuna, aquel brillo, que á veces deslumbra, nada de eso es real y verdadero!... la ruina, la vergüenza y la desdicha, nada hay verdadero mas que el bien, de cierto mas que el talento, y de duradero mas que la virtud.

ALB. Ese es un lindo sueño, Leoncio.

LEONC. Es la verdad pura!... vos lo aprendereis!... Dejadme que os lo enseñe.. confiadme vuestros intereses... decidme el compromiso que teneis en este malhadado negocio.. Vos tambien, vos habreis si- engañado!... todo lo quiero saber! y cuales quiera que sean los sentimientos de mi corazon, no lo dudeis, es la mano de un amigo la que os tiendo; pero necesito la certeza de su felicidad! Que el porvenir de Isabel sea honorífico á par que dichoso!

ALB. (*Tomándole la mano.*) Ah! Lo juro! Pero si supieseis, que criado por un pariente poderoso, cuya debilidad cedió por largo tiempo á todos mis antojos, me ví de repente separado de él, abandonado y desheredado sin duda por una loca calaverada de muchacho, despues de haber estado acostumbrado á un lujo, que se habia convertido en necesidad? Pues bien he procurado volver á mi antigua opulencia por medio de especulaciones! Y la revelacion que acabais de hacer al marques me pone en una situacion cruel! Qué le vais á decir? Decidios, Leoncio; podeis salvar á un amigo ó perder á un rival.



ESCENA VII.

EL MARQUES, *saliendo por la puerta de la derecha.* LEONCIO, ALBERTO, *despues* ISABEL.

MARQ. (*Oyendo la última palabra.*) Un rival? Quien? El? El señor de Courtenay? El ama á la señorita de Monville?

ALB. Tal vez mi matrimonio destruye una esperanza!

MARQ. (*Admirado, mirando á Leoncio.*) Ah! vuestras palabras acusaban ahora mismo á otro amigo. (*Aqui aparece Isabel, pálida, entreabriendo la puerta de la izquierda con una carta en la mano.*)

LEONC. (*Aparte.*) Isabel!

MARQ. (*Sin ver á Isabel.*) Sabeis, señor, que ese celo puede parecer sospechoso? Si algun mal designio...

ISAB. (*Adelantándose.*) El? oh! Es imposible.

ALB. (*Con viveza.*) Cómo lo sabeis?

ISAB. Yo no lo sé; pero estoy segura.

LSOEC. (*Aparte con alegria.*) Sn estimacion y la mia!

ATB. (*Celoso y con despecho.*) Ah! estais segura?

LEON. (*Reparando el movimiento de Alberto.*) Voy á dejar á Paris y á la Francia para siempre. (*Al marques.*) Alberto ha sido engañado como vos, señor; los dos saldreis garantes de los intereses del doctor Dambleville. (*A Alberto.*) Si es necesario, Alberto yo responderé por vos. (*A Isabel pasando à su lado.*) Dadme esa carta para mi madre, señorita; y al momento me alejo, no tengo nada que hacer aqui. (*Saluda y sale por el fondo.*)

ISAB. (*Aparte.*) Se vá!

ALB. (*Al marques llevándosele.*) Vamos á examinar juntos el papel que os ha dado.

MARQ. Venid, señor de Montigni. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ALB. (*A Isabel.*) Dentro de un instante estoy á vuestros

pies. (*Aparte.*) Escribamos al momento á ese maldito Gribelet para que no descubra nada. (*Toma el mismo camino que el marques.*)



ESCENA VIII.

ISABEL, *despues la* MARQUESA.

ISAB. Todo lo he oido. Oh Dios mio! Cuan noble y generoso es Leoncio! Pero será cierto que me ama! ó tal vez Alberto ha inventado este amor para motivar las justas reconvenciones de Leoncio? Por qué á Alberto no le acabó de comprender? (*La marquesa entra por el fondo, Isabel vá hácia ella.*) Ven, Carlota, ven, te lo suplico; necesito tus consejos, tu amistad.

MARQ[a]. Me parece que estás muy agitada?

ISAB. (*Tomándola la mano con viveza.*) Escucha: eres mi amiga? te puedo decir lo que dentro de mi pasa? Carlota me puedo fiar de tí?

MARQ[a]. Y lo dudas?

ISA. (*Con viveza.*) Oh! es porque en este momento todo presenta para mi un aspecto singular; una multitud de ideas nuevas, de temores desconocidos vienen á trastornarme. Alberto cambia á mis ojos: su alegria, que todavia ayer me encantaba tanto, hoy me parece tristeza. Por qué se burla de los nobles sentimientos de Leoncio? Por qué tiene otras ideas y otro lenguaje?

MARQ[a]. (*Admirada.*) Qué dices?

ISAB. (*Con viveza.*) Si mis dulces ilusiones, si mis sueños llenos de encanto, la esperanza de un amor recíproco; si todo esto desapareciese!

MARQ[a]. Tu sueñas males imaginarios; tu te vas á unir con el que amas, con el que tu has elegido. Es tan rara esta dicha! Es un bien concedido á tan pocas mujeres! Ah! conténtate, sé feliz!

ISAB. Pero el corazon no puede cambiarse?

MARQª. Como?

ISAB. Carlota, una joven educada con recogimiento, que no ha visto nada, que nada sabe del mundo no puede equivocarse en su eleccion, fundar su felicidad en un corazon inconstante, ligero, que no pueda sentir nada profundamente, y al cual los placeres le alejen bien pronto de aquella que le ha de estar unida para siempre?

MARQª. (*Con amargura.*) Sí, sin duda; eres casada y está dicho todo. Tu marido habla de sus negocios con sus conocidos, de sus placeres con sus amigos, de sus amores con otras mujeres, y es preciso vivir á su lado, sin gusto ni felicidad para una misma y sin utilidad para nadie.

ISAB. (*Que la escucha atentamente.*) Y qué es entonces, Carlota, de nuestro corazon, que palpita con tanta frecuencia?

MARQª. (*Con viveza, próxima á declararse.*) Qué es? (*Cambia de tono.*) Ah! crée en la felicidad, en la virtud! Que la amargura sea para ti una palabra vana, vacia de sentido! Que las faltas y las culpas te parezcan siempre imposibles!

ISAB. No, no, yo ya no me entiendo. Habla, te lo ruego! Qué viene á ser de una muger de ese modo abandonada de aquel á quien debe amar únicamente por todos sus dias? Cómo pasa la vida? Quién llena sus horas? Qué sentimiento de afeccion ó cariño puede avivar sus gustos y consolar sus penas? Qué hace de sus talentos? Quién la recompensa por sus virtudes? A quién puede desear agradar? De qué le sirve ser hermosa? Oh! Habládi, pues!

MARQª. Tú quieres que yo hable? tú quieres saber toda la verdad? Ah! mejor harias en decirme que te engañase! Demasiado pronto se llega á saber de la vida mas de lo que se necesitaria para ser feliz.

ISAB. Ah! la vida; dice Alberto, que es la felicidad.

MARQª. Es la desdicha, Isabel!

ISAB. Y Leoncio repetia que era la resignacion y la virtud.

MARQª. Ah! pero tú sabes que las ideas severas, las

creencias puras de nuestra infancia se pueden borrar con las chanzas, los sarcasmos, y el ejemplo del mismo que deberia ser nuestra guia?

ISAB. Si no participa de ellas!

MARQ^a. Si se rie de nuestros escrúpulos, se burla de nuestras delicadezas, y nos deja solas enmedio del mundo sin fuerzas, sin afecciones, ni esperanzas.

ISAB. (*Mirando á la marquesa con intencion.*) Qué ideas despiertas! No hay tambien, Carlota, mugeres, á quienes el mundo envidia, y cuyo corazon lleno de disgusto y amargura oculta una profunda triseza bajo la sonrisa, las fiestas y diversiones, la opulencia y la mentira?

MARQ^a. (*Conmovida, dejándose llevar de sus impresiones.*) Y que oprimidas bajo el peso de una ociosidad faustosa, buscan en vano algun atractivo en la vida; cuyo corazon y pensamiento no saben á donde inclinarse, y esto cuando el mundo escita su imaginacion, cuando en torno suyo todo habla de amor: los libros, los teatros, las artes, la poesia y á veces mas alto y con mas fuerza que todo esto, una voz que las hace temblar.

ISAB. Cómo? Qué dices?

MARQ^a. (*Animándose cada vez mas.*) No puede esto dar origen á un pensamiento, que se reproduzca sin cesar? no se puede encontrar alguna persona cuya vista ofusque á una y la encante, y cuyas palabras la trastornen?

ISAB. (*Como aterrada.*) Carlota!

MARQ^a. (*Lo mismo.*) Ah! cada dia de esa vida brillante, que tanto se envidia, puede muy bien estar destinado á devorar lágrimas amargas, á sufrir, á estremecerse!

ISAB. Gran Dios!

MARQ^a. Y dichosa de aquella que no tenga mas que dolores y sentimientos, sin contar ninguna culpa entre sus desdichas.

ISAB. (*Con inquietud, espanto y dolorosamente.*) Si fuese esa tu suerte! Si hubiese de ser la mia!

MARQ^a. (*Lo mismo.*) Tu no sabes, no sabrás jamas

cuanto valor, cuanta fortaleza se necesita cerca de aquel, á quien se ama, para ocultar bajo la máscara de la indiferencia el amor que te inspira para rebatir con frialdad las palabras, que te dirige, para presentarte delante de él tranquila, insensible y cruel para obligarle por medio de desdenes á que contraiga un nuevo amor, que reemplaze el tuyo, y despojarte de toda esperanza uniéndole con aquella, que le has hecho elegir! Qué espantoso tormento! Y durante estas luchas crueles, que absorven toda el alma, un nombre te hace mudar de color, un nombre te hace temblar; y la sociedad de la cual te olvidas, adivina tus pensamientos y te acusa; despues cuando la buscas para huir de tu imaginacion, se ha vengado ya de tu olvido por medio de la calumnia: toda se ha cambiado para ti esteriormente como en el interior. El desden de las mugeres, te da bien á entender que te han deshonrado, y en medio de todo esto es preciso mostrar la frente tranquila, la alegria en las palabras y la sonrisa en los labios!

ISAB. (*Turbada y poniéndose enfrente de la marquesa.*) Carlota, tu sonrisa es cruel, tus ojos están cubiertos de lágrimas! esa muger que sufre, ese hombre desdeñado de la que amaba, de la que acaso ama todavia... sí, todo lo he adivinado! Esa muger eres tú! Ese hombre es él! Es Alberto de Montigny! Y yo, ye he sido engañada por entrambos!

MARQ.ª, (*Con viveza*) Oh! no: no lo creas.

ISAB. (*Con mucha viveza.*) Esta mañana estaba mi corazon loco de contento: me parecia que emancipada ya para lo sucesivo, respiraba con mas libertad: las gentes, los placeres, su amor, tu amistad, todos los bienes de la tierra se presentaban delante de mí, y mi felicidad se aumentaba aun con la tuya propia. No han pasado algunas horas y he visto el interés alterar esta soberbia mansion; y comprometer el nombre ilustre de tu esposo, cuando tu, tú misma comprometes en un amor insensato, el reposo de toda tu vida: yo he visto tu xistencia

tan envidiada amenazada por las sospechas de un marido justamente celoso y á la amargura devorar tus brillantes dias. Alberto! El es, sí! Ahora se me representa bajo un nuevo aspecto: tiemblo de examinar mi corazon, no puedo creer en su amor, temo hasta de tu amistad.

MARQ^{a}. No: no temas nada; Isabel: si tu no gozases de todo su amor correrian asi mis lágrimas? Y si tu no poseyeses toda mi amistad las derramaria en tu presencia?

ISAB. Ven, ven, Carlota, á verterlas en el corazon de una amiga.

MARQ^{a}. (*Dolorosamente.*) Alguien viene: oculta tus lágrimas y tus temores: es el primer deber que el mundo nos impone.



ESCENA IX.

ISABEL, LA MARQUESA, LA SEÑORA MONISTROL.

MON. (*Corriendo por el fondo.*) El notario! el notario que atraviesa por el patio con unos papeles en la mano!

ISAB. (*Haciendo un movimiento.*) Ah!

MON. Un notario con una escritura hace un efecto... En fin, vais á ser la condesa de Montigny! Ya está concluido; ahora puedo decir que he tenido muchísimo miedo, por vos, de otro casamiento. Es preciso perdonar á una madre que veia toda la violencia del desgraciado amor, que el os profesaba...

ISAB. Qué decis? una pasion desgraciada? quién? y por quién?

MON. El señor Leoncio por la señorita Isabel.

ISAB. (*Queriéndola hacer callar, pero turbuda.*) No, no, eso no es verdad.

MARQ.ª (*Sonriéndose.*) Por ventura, puede una muger ser querida sin saberlo ella?

MON. Con el señor Leoncio, que no hace nada como los demas hombres, bien puede no percibirlo; lo cierto es, que si la señorita Isabel no hubiese tenido la fortuna de encontrar á la señora marquesa, de ir á bailar á su casa, seria á estas horas la muger de un hombre, que la ama como un frenético, es verdad, pero con el cual no hubiera dado lugar á que se hablase de ella nunca.

ISAB. (*Aparte, pensativa y alterada.*) Leoncio!

MARQ.ª (*Mirándola atentamente.*) Pero, por qué te alteras asi, Isabel, á la primera palabra de amor? Es preciso, cuando una está destinada á vivir en el mundo, acostumbrarse á oir estas cosas con indiferencia.

MON. Era preciso haber visto á este joven. Un dia estaba desesperado yo no sé por qué: al dia siguiente una mirada un poco mas dulce, un gesto mas familiar, una palabra, una sonrisa, y ya se tenia por dichoso. Si yo os contase...

MARQ.ª (*Interrumpiéndola, riéndose.*) Ha, ha; basta, basta. Ciertamente, como iba diciendo, esas cosas se oyen siempre con indiferencia, sobre todo cuando se va una á casar con la persona que ama; pero vale mas no poner cerca del matrimonio ningun recuerdo de amor ni de pasion; son como los aparecidos del otro mundo, que no se cree ni se piensa en ellos mientras que estan dos personas juntas; pero puede suceder que esté una abandonada y sola, y entonces se acuerdo de ellos, vuelven á aparecer, y las apariciones son muy peligrosas; mirad, Isabel está ya como espantada.

ISAB. Querras decir admirada?

MON. Sin duda! Qué hubiera hecho esta pobre criatura que gusta tanto de las gentes, si hubiese de haber pasado toda su vida sola, con un marido serio y grave?... (*Riéndose.*) Y sin embargo, hay muchas asi, que no conocen ni las diversiones, ni el bu-

llicio, ni los placeres, que se aman buenamente y que se tienen por dichosos. Pobres gentes!

ISAB. (*Con viveza.*) Y tal vez tienen razon.

MARQ.ª Qué dices?

ISAB. (*Reflexionando.*) Nada; pero comprendes tú, Carlota? A él le fui á confiar ayer mis ideas, mi proyecto de casarme con otro. (*Conmovida.*) Y su turbacion no me decia nada, y fue él el que me decidió, el que obligó á su madre á consentir...

MARQ.ª Ahora es preciso dar de mano á todas esas ideas.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) El señor Leoncio de Courtenay.

(*Las tres mugeres hacen un movimiento.*)



ESCENA X.

ISABEL, LEONCIO, LA MARQUESA, LA SEÑORA MONISTROL.

LEONC. (*Profundamente triste, saluda á Isabel sin decir nada: á la marquesa.*) Perdonad, señora, si me he anticipado á mi madre; deseaba volver á ver á vds. por un instante. La señorita de Monville ha sido por espacio de muchos años la compañera de nuestra soledad, y era preciso que la diera el último adios.

MARQ.ª Ah! Sí? os marchais?

LEONC. Esta misma noche, luego que se firme el contrato matrimonial, parto con mi madre.

ISAB. Cómo?

LEONC. Ha creido que su casa, animada tanto tiempo por la alegria de una joven, á quien amaba como á hija, se la haria demasiodo triste ahora que sola...

MON. Y aun entonces no estaba muy alegre: el Maré! Pero es un barrio adonde gustan mucho de retirarse los viejos; dicen que alli se viven muchísimos años.

LEONC. Bien se puede morir tambien de joven.

ISAB. Oh! qué decis?

MARQ.[a] Hareis muy bien, señor de Courtenay, en viajar por algun tiempo: luego volvereis á encontrar las amistades que os esperan aqui: ademas teneis pasion por el estudio, mucho talento... (*La señora Monistrol va á colocarse lentamente á la derecha del actor.*)

LEONC. (*Sonriendo amargamente.*) Qué importa todo eso? Isabel, en vuestro cuarto hay un retrato pequeño de mi madre, pintado por vuestra mano, y desearia quedarme con él: gustais de eso?

ISAB. Sí gusto! cuando vos lo deseais!

LEONC. Se os devolverá, si no.

ISAB. Oh!

LEONC. (*Volviendo á tomar un tono alegre.*) Tambien quiero suplicaros de parte de mi madre, que acepteis esta última muestra de su memoria. (*Saca del bolsillo una cajita que le presenta: Isabel apenas se mueve: la señora Monistrol toma la caja y la abre.*)

MON. (*Gozosa.*) Diamantes! soberbios diamantes!

ISAB. (*Cogiéndolos y tratando de devolverselos á Leoncio.*)O! no; de ninguna manera! (*Leoncio rehusa volverlos a recibir: la señora Monistrol se los quita a Isabel de la mano.*)

LEONC. (*En tono festivo, pero forzado.*) Eso corresponde á mi madre; y yo, no obstante, os ruego tambien que los acepteis: deseo, os lo confieso, que haya entre vuestras joyas alguna cosa que en medio de las fiestas y diversiones, recuerde á vuestra idea la mansion apacible, en donde (*un poco conmovido*) tan querida habeis sido. Sí: que aquellos que os echan de menos con tan grande sentimiento no se borren enteramente de vuestro corazon, ni aun en los dias de placer y gusto, en que todo conspirará para que los echeis en olvido.

ISAB. Ah! Jamas, y no necesito que nada me lo recuerde.

MON. Es preciso confesar que estos diamantes son de mucho valor.

ISAB. Cómo?

LEONC. No os inquieteis: esos diamantes son los de mi madre, habian de ser siempre para vos. (*Isabel hace un movimiento.*) Y ahora no los rehuseis: que sean una prenda de perdon.

ISAB. (*Con viveza.*) De perdon?

LEONC. Para mí... que necesito que me perdoneis.

ISAB. (*Admirada.*) Para vos? Yo perdonaros?... Y de qué?...

LEONC. (*Procurando mostrarse contento.*) Cuando se pasan tantos dias como nosotros hemos pasado juntos... no puede menos de haber aquellas confianzas familiares, en las cuales se escapan mùtuamente hasta los pensamientos mas ligeros y los mas ocultos secretos.

ISAB. (*Con viveza.*) Ah! en la casa de vuestra madre no he visto mas que virtud, felicidad.

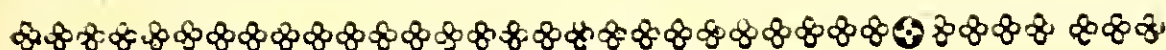
LEONC. (*Tristemente.*) No... aquella mansion fue harto melancólica, harto severa... para la dulzura y amabilidad á que estabais acostumbrada; habeis sufrido alli... y este es mi mayor sentimiento.

ISAB. Os engañais!

LEONC. Y yo! una incertidumbre cruel, temores... ah! demasiado fundados... me hacian aparecer desigual, inquieto, agreste... yo atemorizaba vuestra alma delicada con una austeridad aparente. Perdonadme, sí: yo llenaba de tristeza vuestros dias, que hubiera debido llenar de felicidad, y ahora compraria á costa de lo que me queda de vida, uno de aquellos dias en que podia esperar aun, y en que la felicidad no habia llegado á ser imposible para mí... (*Apasionado.*) Lo veia! Lo entendia! (*Volviendo en si y cambiando de tono.*) Pero... no... no... no siento nada, Isabel. (*Le presenta la mano.*) Mi querida hermana... vos sois dichosa... y yo... yo no me quejo, no me puedo quejar.

MARQ.[a] (*Aparte.*) Cómo la ama!

ISAB. (*Asi misma.*) Oh, Dios mio!



ESCENA XI.

SEÑORA MONISTROL, ALBERTO, ISABEL, LEONCIO, LA MARQUESA, EL MARQUES.

MARQ. Vamos, venid, señoras, el concierto da principio, el notario ha llegado, y Alberto se impacienta.

ALB. (*Que ha notado que todos los personages estan conmovidos, sobre todo Isabel, la dice acercándose á ella.*) Qué turbacion! qué conmocion!

MARQ. La costumbre, amigo mio, jamas se hace una boda sin eso.

ALB. Sí, y esa tristeza de la novia que la hace aparecer como una víctima, pone al marido pasablemente en ridículo.

MON. Una víctima... gran Dios!.. Y por cierto que es digna de lástima! Verse condenada á ser feliz por fuerza y perpetuamente!

MARQ.ª (*En tono irónico.*) Cómo pues? temblar porque se van á contraer obligaciones de por vida!

ALB. Oh! Por Dios, nada de reflexiones! No se debe mirar la felicidad tan de cerca: no se sabrá nunca alcanzarla demasiado pronto!... venid, pues... (*Va á tomar de la mano á Isabel.*)

ISAB. Yo quiero... debo... este casamiento es preciso deshacerle, (*Mira á la marquesa, el marques sorprende esta mirada: Alberto, que tiene de la mano á Isabel, hace un movimiento violento, y la echa una mirada que la atemoriza: vuelve ésta sobre si, y dice:*) ó retardarle á lo menos.

ALB. (*Furioso, mirando á Leoncio.*) Retardarle!

LEONC. O cielo!

MARQ.ª (*Turbada y pasando al lado de Isabel.*) Cómo?

MARQ. (*Colérico á la marquesa.*) Qué teneis, señora?

ISAB. (*Temblando.*) Es preciso... yo quisiera hablar á...

ALB. (*En tono amenazador.*) A?..

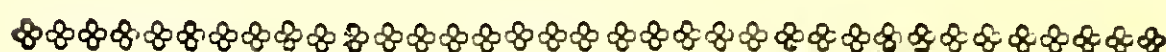
ISAB. (*Como recobrándose.*) A la señora de Courtenay... lo que he sabido...

MARQ. (*Inquieto y celoso.*) Qué habeis sabido?

ALB. (*Por un lado, bajo á Isabel con furor.*) El casamiento al instante... su vida me responderá sino. (*Señala a Leoncio.*)

MARQ.[a] (*Por el otro lado, bajo á Isabel, angustiada.*) Tú me quieres perder?... mi marido nos está mirando.

ISAB. (*Da un paso, se detiene... duda, parece que va á tomar una resolucion, y dice*) Oh, mi Dios!...



ESCENA XII.

LA SEÑORA MONISTROL, ALBERTO, ISABEL, LA MARQUESA, LEONCIO, DAMBLEVILLE, EL MARQUES.

DAMB. (*Un poco agitado, entrando por el fondo.*) La señora de Courtenay no puede venir, y ruega á vds. que no la esperen.

LEONC. (*Con viveza.*) Mi madre? qué le ha sucedido?

DAMB. Está mala.

LEONC. (*Con viveza.*) Cielos!... estaba ya indispuesta... Ah! Vamos allá los dos corriendo...

DAMB. No hay que asustarse... mas quiere veros... al instante. (*A los demas, con un gesto que da á entender que está muy mala.*) Nos permitis?

ISAB. (*Dolorosamente.*) Señor Leoncio!

LEONC. (*Próximo á salir.*) Ah! quereis hablar... y yo quiero, debo oiros! Permanecer aqui cerca de vos y

mi madre me espera... Lágrimas... ó mi Dios!...
Dios mio!... Isabel llora, y mi madre se está muriendo... perdon... perdon... debo partir... adios.

MARQ.ª Señor de Courtenay!...

LEONC. Mi madre no tiene en este mundo mas que á mí.

ISAB. Yo no tengo á nadie!

MARQ.ª Qué es lo que he hecho!

MARQ. Vamos á firmar el contrato.

(Todo el mundo se encamina hácia el fondo.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA DE COURTENAY, LEONCIO.

La señora de Courtenay está sentada á la mesa de la derecha con un libro en la mano, que no lee: y Leoncio á la de la izquierda en ademan de escribir, mas no escribiendo.

LEONC. (*Aparte, señalando el lugar que ocupaba Isabel en el primer acto.*) Allí estaba! allí se sentaba siempre!

COURT. (*Despues de haberle mirado.*) Nadie! nadie para distraerle.

LEONC. (*Despues de un momento de silencio, como hablando consigo mismo, dice amargamente.*) Cuán loca es la juventud! Cómo se precipita el corazon en ella y vuela en pos de una felicidad inesplicable, que se busca siempre y nunca se encuentra! A veces se cree que es la gloria! Ya se imagina que es el amor! y nada! nada real y positivo en esta vida!

COURT. No está todo ahi, Leoncio?

LEONC. (*Volviendo en si.*) Mi madre! (*Aparte.*) Ocultémosla nuestro dolor.

COURT. (*Aparte.*) Ocultémosle nuestro padecer.

LEONC. (*Despues de un momento de silencio, en que parece que escribe con intencion, mira á su madre al descuido, y dice aparte.*) Está leyendo!

COURT. (*Aparte, mirando á Leoncio al descuido.*) Está trabajando.

LEONC. (*Despues de un momento de silencio, deja caer maquinalmente la pluma, y se dice asi mismo.*) Si hubiera sabido cuán querida era, tal vez participaria de mi amor.

COURT. Si nuestra casa hubiera sido menos triste, acaso no la hubiera dejado.

LEONC. (*Se han hablado los dos como impelidos á hacerlo; se asusta contemplando el dolor de su madre.*) Madre! (*Se levanta.*)

COURT. (*Levantándose.*) Leoncio!

LEONC. Dos dias hace que me he condenado á un profundo silencio!

COURT. Dos dias hace que no me he atrevido á pronunciar su nombre!

LEONC. (*Con viveza.*) Ahora no temais decírmelo todo. Qué sabeis de ella? qué os han dicho?

COURT. La has buscado? la has vuelto á ver?

LEONC. (*Tristemente.*) Ni aun he puesto en ella los ojos!

COURT. (*Lo mismo.*) Nada he sabido de ella.

LEONC. O mi Dios!

COURT. Solamente venian de su parte.

LEONC. (*Levantándose con mucha prontitud.*) Venian de su parte, decis? y quién, pues? qué decian, qué hace? donde está? se ha casado? Hablad; hablad, madre mia.

COURT. (*Riéndose un poco de la vivacidad de su hijo.*) Me haceis tantas preguntas á un tiempo, que seria imposible contestar á ellas, sino estuviese todo dicho en una palabra... no sé nada... pero he aqui al doctor que tal vez nos podrá decir algo.

ESCENA II.

LA SEÑORA DE COURTENAY, DAMBLEVILLE, LEONCIO.

LEONC. *y* COURT. Hablad, doctor.

LEONC. Qué sabeis?

DAMB. Qué sé?

LEONC. Qué hace Isabel?

DAMB. Ah!

LEONC. Oh! Vos lo ignorais sin duda, puesto que despues de dos dias que estais de centinela en casa de la señora de Treneuil, no habeis oido hablar de ella...

DAMB. Cómo de mis doscientos mil francos! porque habeis de saber, amigo mio, que se han burlado de nosotros... Fribelet no dice una sola palabra, y al cabo vos sois el único que sabe el secreto para arrancarle alguna cosa: asi, venia á pediros ausilio. En cuanto al señor Alberto, no se le puede hallar, y yo me temo mucho que con mi dinero suceda lo mismo.

LEONC. No estoy yo aqui, doctor?

DAMB. Sí, pero un solo pensamiento os ocupa.

LEONC. Sí; soy desgraciado! pero no quiero ser del número de aquellos, á quienes la adversidad encuentra sin fuerzas para vencerla, ni ánimo para arrostrarla!... Hablad, amigo mio, que aqui me teneis pronto á serviros.

DAMB. Pues bien, sí, Leoncio... un servicio, y que sea pronto... id á casa de Gribelet... sacadle, si es posible, todos los papeles concernientes á este negocio, todos sin escepcion... y nos salvamos...

LEONC. Sí; voy allá, amigo mio: yo sé un medio seguro para sacar partido de ese sugeto, y es preciso que el señor de Treneuil y Alberto mismo lleguen á desengañarse de lo mal que han hecho en deposi-

tar en él su confianza: es preciso que respondan entrambos de vuestro dinero antes de mi partida; podeis estar tranquilo. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA III.

LA SEÑORA DE COURTENAY, DAMBLEVILLE.

DAMB. Se marchó? Le he echado de aqui á propósito, á fin de hablaros de él y de la señorita Monville; aun no está casada.

COURT. Cómo lo habeis sabido?

DAM. Me ha enviado á llamar esta mañana...

COURT. Isabel está mala?

DAM. No: os quiere ver.

COURT. Verme?

DAM. Sí... pero vacilaba...

COURT. Por qué?

DAMB. Yo creo haber adivinado lo que ella no se atrevió á decir... los sentimientos del señor Leoncio respecto de ella no le son ya desconocidos.

COURT. Y teme volver á ver al que ha hecho tan desgraciado?

DAMB. Pero diciéndola que vuestro hijo estaba ausente la he determinado á hacer lo mismo que estaba deseando con ahinco. Por eso he alejado de aqui al señor Leoncio: por otra parte, si en efecto se ha perdido para él sin remedio, mejor es que no la vuelva á ver.

COURT. Ella vá á venir!... Dios mio!.. pero yo tambien... yo conozco que esta entrevista...

DABM. No hay que agitarse; estais mala aun, y débil... y yo oigo ya á esta amable criatura... ella és! Hela aqui.

ESCENA IV.

LA SEÑORA MONISTROL, LA SEÑORA DE COURTENAY, ISABEL, DAMBLEVILLE.

COURT. (*Jovial.*) Sí, sí... ella es!...

ISAB. (*Con tristeza y temor tomando la mano á la señora de Courtenay é inclinándose.*) Ah! cuanto me debeis aborrecer!

COURT. Yo aborreceros! á vos, á quien he elegido por hija!... Ah! En mi casa, Isabel, jamas se hará otra cosa mas que echaros de menos con sentimiento, y amaros!

ISAB. Yo tenia necesidad de volveros à ver! de volverme á hallar aqui! de oir de vuestra boca que me perdonais!

COURT. Seis años há, Isabel, que no hago mas que pedir al cielo que la tierna jóven, que hacia las delicias de esta casa: oh! que Dios la proteja aun en medio de los riesgos y peligros del mundo, que ella se ha buscado, y de las pruebas de la dificil senda en que ha puesto el pie!

DAEM. Mas dificil tal vez de lo que os podeis imaginar.

COURT. Cómo?

DAMB. Ahora veo yo todo lo que pasa.

ISAB Qué veis?

DAMB. Veo... que un jóven con figura agradable, con dinero necia y locamente gastado, un desafio dichoso, un poco de talento, mucha osadia, y sobre todo algunas locuras, llega á conseguir que las gentes hablen de él! las ocupa, y esto basta para ser de moda! Las mujeres de mas talento caen en el lazo! Pero pasa la moda, y no les queda mas que un fatuo, que las fastidia, ó un intrigante que desprecian! Y yo me temo que la señorita de Monville no se halle en este caso.

ISAB. (*Con movimiento de asombro.*) Oh! doctor!...

MONIST. El señor se engaña y es muy mal hecho sembrar sospechas en el ánimo de esta tierna criatura para aguar su felicidad el dia mismo de su matrimonio... porque esta noche...

DAMB. (*Como con prisa de salir.*) Esta noche! y no he podido aun salir de mis dudas!

MONIST. Habiendo sabido que la señora de Courtenay estaba mejor la señorita de Monville, ha venido á suplicarla de parte de la señora marquesa, que tenga la bondad de concurrir á la ceremonia, y tenemos que volver á casa al instante.

DAMB. Todavia no! La señora está débil y padece mucho... esta entrevista la ha causado grande conmocion y necesita algunos momentos de quietud... y la señorita de Monville permanecerá á su lado! Mientras tanto daré yo un paso importante y buscaré al señor Leoncio, que sin duda habrá obtenido papeles... que podrian hacer muy bien variar las cosas de aspecto.

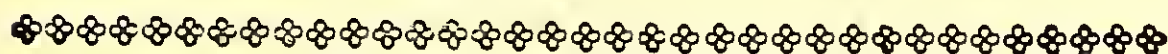
ISAB. Cómo?

DAMB. Sí, sí!... tengamos estos papeles y podrá muy bien suceder á ese señorito, que siempre está de cháchara, algun lance serio. A mi vuelta solo se sabrá si la señora de Courtenay puede salir; hasta entonces debe tener reposo.

COURT. Obedezco querido doctor.

ISAB. Oh! venid apoyaos sobre mi.

(*La señora de Courtenay apoyada en Isabel sale por la puerta de la izquierda, Dambleville por el fondo.*)



ESCENA V.

LA SEÑORA MONISTROL, *sola.*

Por vida mia, que no parece si no que hay gentes, que conspiran para impedir que se casen las solteras! Siempre con sus condicionales y peros. Si se

hubiese de escuchar á todos no habria matrimonio posible en el mundo.

ESCENA VI.

LA SEÑORA MONISTROL, ISABEL, *entrando por la puerta de la izquierda.*

ISAB. Volveos á casa que estarán con cuidado. La señora de Courtenay ha pedido que la dejen reposar por media hora. Yo la quiero esperar. Id, pues señora Monistrol, á decir á Carlota, que no se impaciente por mi tardanza.

MONIST. No será ella sola á impacientarse; pero vuestra intencion es, sin duda, que yo procure tranquilizar á todo el mundo.

ISAB. A quien gusteis.

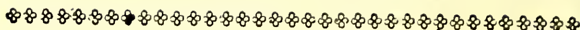
MONIST. Voy. (*Aparte.*) El señor Alberto no haria mal en venir aqui. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA VII.

ISABEL, *sola.*

Apenas puedo creer que no hayan pasado mas que dos dias solamente desde que dejé esta mansion... No bien he visto el mundo, que tanto lo habia deseado y ya le he cobrado miedo... ya empiezo á adivinar sus placeres! no es la amistad la que reune las gentes en las fiestas y diversiones... el interés, la vanidad, la malignidad las juntan... ó bien tratan de probar si el fastidio en comun será una carga menos pesada y mas llevadera... De dos dias á esta parte ni un momento de soledad y quietud! siempre gentes y nunca felicidad. Ah! la agitacion no es la alegria; es el bullicio en torno de

la tristeza; la tristeza! Y aqui, en el lugar, en que ahora me encuentro he deseado, he querido y he exigido estos placeres y este enlace. Hé aqui aun mi dibujo empezado.. mi bordado... todo está como antes... Y yo tan cambiada!... Carlota apresurando mi casamiento para librarse de una pasion criminal... Alberto tan insustancial y tan alegre!... El señor de Treneuil tan rico y tan gran señor; y uno y otro metidos en negocios desagradables por la codicia... Y papeles que pueden perder al señor de Montigny!... Ah! Yo no lo debo tolerar! Sin embargo amenazas cuando yo titubeaba... la vida de Leoncio, me dijo Alberto... la vida de su amigo... y aquella mano tan diestra... sus duelos tan afortunados!" O mi Dios! En este mundo sin piedad, todo es falso. La amistad, los placeres, el amor!... desechemos estas ideas. (*Rejistra la mesa, como para distraerse, toma un libro, le abre, y le deja. Abre un album*) Letra de Leoncio! mi nombre! (*lée.*) "Hace seis »años que Isabel introdujo la felicidad y la vida »en mi alma insensible á todo. Despues he ido ali»mentando en el retiro una de aquellas afecciones »que el mundo no conoce. Ayer di à otro, al que »ella ama, el ùnico bien que hay para mi en la »tierra, la mano de Isabel. Que sea feliz! Que oi»ga el cielo á lo menos este voto!" (*Deja caer el libro sobre la mesa y habla en el proscenío.*) Ah! Leoncio! Como he podido yo arrojar lejos de mi el tesoro de vuestro cariño tan puro y respetuoso! Aqui todo era verdad, la alegria, la amistad. (*Vacila.*) el amor! Alguien viene... Ah! él es!... Es el señor de Courtenay... trae unos papeles! Sin duda los pertenecientes á Alberto.



ESCENA VIII.

ISABEL, LEONCIO.

LEONC. (*Entrando.*) Está aqui aun!... (*Pone sobre la mesa de la izquierda los papeles que trae.*)

ISAB. No debiamos volver á vernos!...

LEONC. Y vos estais aqui!...

ISAB. Bien sabeis que pensamientos, que recuerdos me deben asaltar en esta casa.

LEONC. Ah! para mi... estos recuerdos de una felicidad pasada, y los sentimientos de una desdicha presente, me conturban, me encantan y me aterran. Para qué traerlos á la memoria? para qué permanecer en ese sitio? me queriais volver á ver, á hablar?

ISAB. (*Con timidez.*) Sí; quisiera...

LEONC. Oh! poneos alli, como otras veces, Isabel. (*La hace sentar á la izquierda y asi se encuentra él á la derecha.*)

ISAB. (*Sentándose.*) Sí, como otras veces.

LEONC. Pero entonces no estabais pálida y melancólica como ahora.

ISAB. Entonces... estaba ignorante de lo que pasaba en el mundo.

LEONC. Ahora estais en el seno de los placeres.

ISAB. (*Con tristeza.*) Y si no hubiese encontrado en ellos nada que equivaliese á mi dulce ignorancia?

LEONC. (*Admirado.*) Qué! el ruido que se mete, el brillo que se adquiere en los salones!...

ISAB. Ah! Para brillar alli seria necesario aprender demasiado tal vez!

LEONC. Apenas abreis conocido mal aquella vida disipada, aquel aturdimiento de la sociedad parisiense!

ISAB. (*Levantándose.*) Y si un rayo de luz repentino me hubiese hecho descubrir de un golpe la falsedad de los semblantes que me fascinaban? Si hu-

biese visto oculto bajo las galas y los adornos el dolor inquieto y agitado, de las mugeres del mundo? Si hubiese aprendido que tocando en el corazon de la primera que encontrase brotarian de él al instante lágrimas y quejidos?... si todo esto me hubiese aterrado?

LEONC. Ah! Habeis sido entonces muy desgraciada?

ISAB. (*Enjugándose una làgrima.*) Si!...

LEONC. (*Con viveza y cierto movimiento de gozo.*) Llorais!... Qué os ha sucedido? Echareis de menos á aquellos lugares? temeriais aun apartaros de ellos? qué hay que hacer?... Dios mio? Qué! tu sabes cuanto hubiera yo dado por las amarguras de la vida la fuesen desconocidas! Cómo habia de ser insensible á sus lágrimas? Ah! Disponed de mi, Isabel. qué quereis? mi vida es vuestra ahora y siempre!

ISAB. Noble Leoncio!... yo no sé porque estas lágrimas... esta turbacion...

LEONC. Hablad sin temor!... hablad á un amigo... Teneis alguna cosa que pedirme?

SAB. Ah! Vos me haceis pensar en eso... el doctor Dambleville...

LEONC. Qué?

ISAB. Hablaba de unos papeles... puestos en vuestras manos...

LEONC. (*Admirado.*) Ah! sí: papeles?... Ahora me acuerdo!... con vuestra presencia los habia olvidado!... Se refieren á Alberto y pueden muy bien cambiar el aspecto de las cosas; porque aunque Alberto sea mas aturdido que culpable, las confidencias que en ellos aparecen, le ponen en manos del que los tiene en las suyas, y le perderian á los ojos del mundo.

ISAB. Perderle?

LEONC. Qué teneis?

ISAB. Si yo os dijese: dadme esos papeles, Leoncio, nadie los debe ver, y hasta vos mismo debeis olvidar que los habeis leido.

LEONC. Còmo? Quereis vos estos papeles? Y acaso, me habeis esperado para esto?... para esto... vuestras

lágrimas... vuestra turbacion?... Eran temores por él... por Alberto solo... nada por lo pasado?

ISAB. (*Aparte, dolorosamente.*) Cuánto se engaña!

LEONC. (*Con viveza.*) Ah! que ideas, que loca esperanza habia pasado por mi imaginacion! Dios mio! Ella tiembla, se estremece por él solo.

ISAB. (*Aparte con dolor.*) Si no me comprende, qué será de mi?

LEONC. (*Arrebatado y entregándole los papeles.*) Ah! tomad... tomad! que no quede nada que pueda impedir vuestro casamiento! nada que pueda menoscabar vuestra felicidad! El no tiene culpas! no tiene defectos! vos le amais! Id, y buscadle... no os aparteis de él jamas, gozad de todo acá abajo... de las diversiones del mundo, sus placeres engañosos ningun riesgo encierran para vos: nada vais á perder en esto... ni un corazon siquiera!

ISAB. (*Dolorosamente y muy agitada.*) Ah! El cielo me castiga de haberle desconocido! No quiere, no acaba de entenderme!

ESCENA IX.

ISABEL, LA MARQUESA, ALBERTO, LEONCIO.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) La señora marquesa de Treneuil, el señor Alberto de Montigny.

MARQ.ª La señora Monistrol me acaba de pedir que viniese aqui prontamente con el señor Alberto.

LEONC. Ah!

ALB. Y he venido sin pérdida de tiempo.

MARQ.ª (*A Isabel.*) Y yo tambien deseaba verte. (*La toma la mano.*) Tengo ansia de saber que eres dichosa.

ALB. Y á mí me corria prisa el daros una buena noticia.

LEONC. Vuestra felicidad...

ALB. Vais á participar de mi júbilo!... Y hoy es estre-

mado y sincero! La alegria me debia por cierto alguna cosa, por haberla conservado aun en los dias de la desdicha; sí, mas de una vez he hecho de tripas corazon...

ISAB. Ah!

ALB. Ahora ya lo puedo decir; he tenido momentos bien apurados!... Qué queriais que hiciera un pobre muchacho enviado por una familia locamente á Paris, con mas buenos consejos que billetes de banco, á quien no tardó en trastornársele la cabeza en medio de todos los tontos opulentos, y de todos los intrigantes enriquecidos, que manejan aqui el oro á manos llenas?... Mas valor se necesita para vivir pobre en Paris, que para dejarse matar en cualquiera otra parte; y el que puede pasar aqui la vida sin dinero y sin bajezas, tiene mas virtud él solo que todos los siete sabios de Grecia.

ISAB. (*Con cierta especie de desden muy ligera.*) De veras?

ALB. Mas en fin, el cielo que no me habia dado una gran dosis de prudencia, me envia en cambio la fortuna.

MARQ.ª El tio, de quien el señor nos solia hablar con tanta frecuencia, ha muerto; el señor de Montigny es su heredero, y cuenta ya con mas de setenta mil libras de renta!

ISAB. (*Gozosa.*) Bien dichoso sois por cierto!

ALB. En ofrecer mi fortuna á la que habia tenido la complacencia de admitirme sin nada de esto.

ISAB. Ah! (*Mira atentamente á Leoncio, que permanece tránquilo, pero triste profundamente.*)

ALB. Y muy dispuesto á gozar el bien que el cielo me envia, y con que no contaba... (*A Leoncio.*) Ya se deja entender que renuncio á los negocios: asi, Leoncio, nada de temores ni miedos.

LEONC. (*Con un aire forzado.*) Nada alterará su felicidad.

ISAB. (*Aparte, mirando á Leoncio.*) Cómo sufre!

ALB. (*Riendo.*) Buen miedo le he metido al doctor Dam-

blevilla; pero no solo no perderá nada, sino que ganará mucho; le tomaré por mi médico... y procuraré no estar malo nunca.

UN CRIADO. (*Anunciando.*) El señor marques de Treneuil, el señor doctor Dambleville.

ESCENA X.

EL MARQUES, DAMBLEVILLE, ALBERTO, ISABEL, LEONCIO, LA MARQUESA.

DAMB. (*Despues de haber saludado.*) Sí, señor marques: todo lo relativo á este negocio se ha entregado al señor Leoncio; hay cartas de mucha importancia, segun dice Gribelet.

ALB. (*Aparte.*) Cartas?

MARQ. Vamos á examinarlas, y todo al fin se aclarará. (*Abrese la puerta de la izquierda: entra la señora de Courtenay apoyada en la señora Monistrol.*)

COURT. Tengo el honor de saludar á la señora marquesa y de suplicarla me dispense: las agitaciones de estos últimos dias me han quitado las pocas fuerzas...

MARQ.[a] Sentaos, pues, señora.

ISAB. (*Aparte.*) Y soy yo!... (*La marquesa hace sentar á la señora de Oourtenay á la izquierda, y las personas se hallan colocadas de la manera siguiente: el marques, Dambleville, Alberto, Isabel, Leoncio, la señora de Courtenay, sentada, la señora Monistrol.*)

COURT. Eran mis dos hijos, señora: mi hija me deja... (*A media voz.*) y mirad á mi hijo!

DAMB. Permitis, señoras, que antes de pensar en ninguna otra cosa, se enteren todos de unos papeles de mucha importancia entregados al señor Leoncio? Esto no admite dilacion.

MARQ. Sí, y yo espero.

ALB. (*Con inquietud.*) Qué papeles?

ISAB. (*Que los tiene en la mano enseñándoselos.*) Estos son duda.

ALB. (*Haciendo un movimiento, aparte.*) Cielos! infame Gribelet!

DAMB. (*A Isabel.*) Ah! sois vos, la que los tiene? Sabreis, pues, su contenido.

ISAB. Yo no les he leido, nadie sabe aqui lo que encierran, escepto el señor Leoncio... á él, á él solo se debe acudir.

LEONC. (*Haciendo un movimiento.*) A mí?

ISAB. Vos los conoceis todos bastante bien para creerlo asi! Señor de Courtenay, hablad: se han de quemar ó se han de leer? (*Bajo entregàndoselos.*) La suerte del señor de Montigny está en vuestras manos.

MARQ.[a] (*Aparte.*) El, qué está tan enamorado!

ALB. (*Aparte.*) Soy perdido!

LEONC. (*Tomando lentamente los papeles con la mano derecha, pasándoselos á la izquierda y arrojándolos al fuego que está á su izquierda à la espalda.*) La lectura de estos papeles es ahora inùtil, y no contenian nada que pudiese comprometer el honor del señor de Montigny, yo doy fé de ello.

ALB. (*Haciendo un movimiento, aparte.*) Ah! Buen amigo!

ISAB. (*Aparte.*) Corazon generoso!

MARQ. Pero, señor de Courtenay...

LEONC. La sospecha no puede llegar á vos, señor marques.

DAMB. Y mis doscientos mil francos.

LEONC. Vuestro dinero, doctor, no corre ningun riesgo;

DAMB. Bah!

ALB. (*Jovial.*) Lo dudabais acaso?

DAMB. Pues no? aun no las tengo todas conmigo.

ISAB. (*Muy agitada y alegre.*) Es que aun no lo sabeis todo, doctor; todavia ignorais que el señor de Montigny acaba de hacerse rico, muy rico! Ha heredado una fortuna inmensa, y me ofrece...

ALB. Una gran casa construida espresamente para dar funciones, y una posesion magnífica.

ISAB. (*Gozosa.*) Sí; todas las ventajas de la opulencia, todos los placeres del mundo, todos los disfruta.

DAMB. Y Leoncio no tiene nada!

LEONC. Yo trabajaré.

ISAB. (*Transportada.*) Sí, el trabajo, el retiro, ninguna renta, nada! ó mi Dios! Yo te doy gracias! El sabrá, pues, que le amo.

LEONC. Cielos!

ISAB. (*A la señora de Courtenay.*) Puedo esperar recobrar de nueve vuestra amistad y el amor de Leoncio?

LEONC. (*Transportado.*) Será cierta, semejante ventura?

ISAB. (*Yendo á ponerse de rodillas delante de la señora de Courtenay.*) O madre mia, perdonadme.

COURT. Hija mia!

ALB. (*Disgustado.*) Bien! pero... permitid.

DAMB. (*Cogiéndole del brazo.*) El le habia dado su fortuna para asegurar el matrimonio de la señorita Monville.

ALB. Con su rival? (*Con alegria y como que ha tomado ya su partido.*) Ah! A fé que sino era feliz...

DAMB. La felicidad hubiera sido injusta; no es esto?

ALB. Y eso no debe ser. Asi esta vez seré yo el que parta para Italia.

DAMB. (*Sonriéndose.*) Y yo estoy tranquilo, pues seguramente no os tirareis al Tiber vos.

ALB. (*Riendo.*) No estaria alli Leoncio para salvarme.

MARQ.ª Bien, señor de Montigny.

MONT. Ella no será ni siquiera baronesa.

ISAB. Seré feliz.

FIN DE LA COMEDIA.